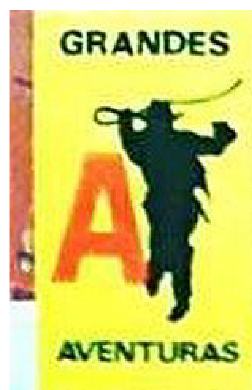




LA AMENAZA INVISIBLE

Si Norma Maners hubiera sido una persona caritativa, si hubiera conocido el significado de la palabra «amabilidad», si se hubiera compadecido de un pobre enfermo postrado en el lecho del dolor, yo nunca hubiera descubierto una pirámide egipcia, pero también me hubiera ahorrado muchos quebraderos de cabeza, tiroteos despiadados, carreras enloquecidas, luchas contra cocodrilos hambrientos y… bueno, un sin fin de peripecias más.

Pero Norma Maners, enfermera-jefe de la planta de Traumatología del Lincoln Memorial Hospital, era dura, feroz, despiadada y sin entrañas.

—Mire, señor James —me explicó un día—. Le confesaré que soy una ferviente admiradora de Maquiavelo. El fin justifica los medios, eso es una verdad irrefutable.



Indiana James

La amenaza invisible

Bolsilibros - Indiana James - 9

ePub r1.0
LDS 20.08.18

Título original: *La amenaza invisible*
Indiana James, 1985
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

CAPÍTULO PRIMERO

Si Norma Maners hubiera sido una persona caritativa, si hubiera conocido el significado de la palabra «amabilidad», si se hubiera compadecido de un pobre enfermo postrado en el lecho del dolor, yo nunca hubiera descubierto una pirámide egipcia, pero también me hubiera ahorrado muchos quebraderos de cabeza, tiroteos despiadados, carreras enloquecidas, luchas contra cocodrilos hambrientos y… bueno, un sin fin de peripecias más.

Pero Norma Maners, enfermera-jefe de la planta de Traumatología del Lincoln Memorial Hospital, era dura, feroz, despiadada y sin entrañas.

—Mire, señor James —me explicó un día—. Le confesaré que soy una ferviente admiradora de Maquiavelo. El fin justifica los medios, eso es una verdad irrefutable.

—¿Y?… —pregunté con aprensión—. Creí que aquí se dedicaban a curar a la gente, no a envenenarla.

—¡Exacto! —respondió exultante—. En este caso, el fin es su total recuperación… ¡y yo pondré los medios que considere adecuados para lograrlo!

Y los ponía… ¡vaya si los ponía!

Norma Maners, con sus cien kilos, sus hombros de descargador de muelle, y su cara y culo cuadrados, se encargaba de cumplir con celo —con exceso de celo—, las más absurdas indicaciones de los médicos… más las que prescribía por su propia cuenta y riesgo.

Si, por ejemplo, tenía que empaparme de algún asqueroso brebaje, llamado humorísticamente jarabe, o complejo vitamínico oral, se cruzaba de brazos ante mí, hasta que deglutía la última gota, sin concederme la más mínima posibilidad de verter el vomitivo en una maceta, tal y como mandan los cánones; si tenía

ganas de conversación, echaba a empujones a mis visitantes de la habitación, en cuanto se cumplía —al segundo— la media hora reglamentaria; si quería distraerme viendo la televisión, me raptaba el mando a distancia, pretextando no sé qué misteriosos rayos surgidos de la caja tonta y que, al parecer, volvían idiotas a los espectadores… de lo cual, yo era una muestra palpable; si pretendía descansar, le faltaba tiempo para obligarme a repetir, una y otra vez, los descoyuntantes ejercicios de recuperación…

¡Dios, era una verdadera pesadilla!

Pero el peor trago, no fue ninguno de los ya comentados. En el hospital, estaba prohibido fumar. Lógico. Como lógico es, también, que todo el mundo haga lo imposible por desobedecer a semejante insensatez. La Maners registraba mi habitación, diariamente, en busca de cigarrillos clandestinos. Y cierto día, ¡oh, catástrofe!, encontró un paquete.

—Esto no está nada bien, señor James… ¡nada, nada bien! —exclamó, mientras desmenuzaba lentamente los cigarrillos con sus manos de carnicera, para que no pudiera aprovechar ni una brizna—. Ha intentado engañarme a mí y lo que es peor, mucho peor… ha intentado perjudicarse a usted mismo.

No sabía qué hacer: si suplicarle perdón de rodillas, sumergido en un mar de lágrimas, o tirarme directamente por la ventana. Prosiguió:

—Esta noche, le pondré sus inyecciones personalmente.

Decidí tirarme por la ventana. Era una forma más rápida y clemente de morir.

Era su castigo preferido. Inyecciones que aplicadas por las manos de otras enfermeras ni siquiera notabas, puestas por ella se convertían en una versión modernizada de las famosas torturas chinas. Estaba seguro de que, antes de entrar en la habitación, despuntaba sistemáticamente las agujas con un martillo.

—Pero… ¡esto es el colmo! —protesté una vez, exasperado—. ¿Hace lo mismo con todos los pacientes de su planta?

Ella mostró la horrible mueca que le deformaba el rostro, cuando intentaba componer una afable sonrisa maternal:

—¡Oh, no, señor James! Le trato mejor porque usted me ha caído simpático…

Consiguió cerrarme la boca.

Pasé cuatro meses en el Lincoln Memorial Hospital. Cuatro meses agónicos y desquiciantes bajo el dominio de aquella arpía. Al principio, estaba escayolado de pies a cabeza. El motivo ya lo saben aquellos que se toman la molestia de leer mis aventuras y, superándome en valor, arrojo, capacidad y resistencia, consiguen terminar las narraciones.

Después, a medida que me iban quitando yesos, sufrí mucho más. La fragilidad de mis huesos recién recompuestos, no resistiría mucho tiempo ante las «amorosas» atenciones de la enfermera-jefe.

El desastre, el intuido e inevitable desastre, sobrevino cuando ya podía andar con la ayuda de un bastón.

Ante tanta hora muerta por delante, me había dado por la lectura. Devorando cuanto libro caía en mis manos intentaba combatir el mortal aburrimiento del hospital. Pero, ni siquiera eso me estaba permitido más allá de los límites impuestos por el ogro. Según ella, leer cansaba mucho, requería un esfuerzo que yo debía reservar para mi recuperación y, más de tres o cuatro horas diarias, era el máximo permitido.

Me vigilaba durante el día, pero, por las noches, cuando ella se marchaba a torturar a sus vecinos y amigos, y se suponía que yo dormía, me refugiaba bajo las sábanas con una linterna. La noche que empezó la cadena de nefastos acontecimientos y a riesgo de que mi confesión me haga bajar muchos puntos en la opinión de ustedes, me hallaba enfrascado en la lectura de *Los siete zafiros*, una novela de Agatha Christie. Sí, de ella. Así de bajo puede caer uno, cuando se halla sumido en la desesperación.

Bueno, pues… el argumento, giraba alrededor de una serie de misteriosos asesinatos en un palacete. Inglés, *of course*. Teníamos una docena larga de sospechosos y el típico detective aficionado joven, William Winesap, que trataba de descifrarlos. Todo muy tópico, lo sé, pero a falta de algo mejor, me había intrigado realmente y me moría de ganas por saber quién era el culpable.

Llegué al final de la antepenúltima página. Winesap había reunido a los sospechosos en el salón:

«—Bien —dijo Winesap, encendiendo parsimoniosamente su pipa—. Tal vez les sorprenda, tal vez lo crean inverosímil, pero estoy en condiciones de afirmar que el culpable de estos siete asesinatos, es…».

Aquí acababa la página. Muy astuto por parte del editor.

Empecé a volver ansiosamente la hoja…

… y Norma Maners entró como un huracán devastador en mi habitación.

—¡Lo sabía! —gritó triunfalmente.

A causa del sobresalto, el libro se me escapó de las manos y cayó al suelo. La bestia se agachó y se apoderó de él, antes de que yo pudiese recuperarlo.

—¡Menos mal que hoy me tocaba cambiar de turno! —Me escupió, con mayor desprecio que si me hubiera encontrado violando a una menor—. Una se preocupa por los pacientes, se desvive por ellos y… ¿cómo se lo pagan?… ¡Matándose indolentemente! ¡Echando por tierra todo mi trabajo!

—Está bien, está bien, lo reconozco… —dije paciente, alargando la mano para que me devolviera el libro—. Le prometo que no lo volveré a hacer, de verdad… ¡palabra de boy-*scout*! Ahora, devuélvame el libro…

—¡Señor James, durante la próxima semana, le administraré todas las inyecciones personalmente!

—Vale, me lo merezco. El libro, por favor…

—¡Ni hablar! ¡Lo pondré bajo custodia y no se lo devolveré hasta que le den el alta!

—Pero, es que… ¡sólo me falta una página!

—¡Como si le faltan cien! ¡No hay libro!

—Léame al menos la primera línea de la penúltima página… —supliqué, indignamente.

—¡Sólo faltaría! ¡Yo, hacerme cómplice de una insensatez! ¡¡¡Yo!!!

—¡Por favor! ¡Sólo el nombre y apellido que figuran al principio!… ¡Sólo eso!

—¡¡¡No!!!

—¡Tengo que saber quién es el culpable!

—¡Bah, estupideces! —bufó la Maners, saliendo de la habitación con su botín.

Y así fue como me quedé solo, frustrado, devorado por algo mil veces más angustioso que el síndrome de abstinencia de los heroinómanos. Lo que me había hecho la enfermera, era equiparable a la peor de las armas mentales que cualquier loco

puede desarrollar en un laboratorio del Kremlin o del Pentágono. ¿Tendría que pasar semanas, ignorando si el culpable era el torvo mayordomo… —Demasiado evidente—, el acaudalado traficante de piedras preciosas… —Demasiado distinguido—, la encantadora jovencita… —Demasiado frágil—, el aristócrata arruinado… —Demasiado relamido—, o…?

No, decidí que no podía.

Y decidí, también, que ya empezaba a ser hora de que le parase los pies al engendro.

¿Acaso no era yo Indiana James, el mismo que había peleado con tiburones, el que había colgado de la cola de un avión, el que se había enfrentado con las manos desnudas a un loco armado de una sierra mecánica? Desafiar a Norma Maners sólo resultaría un ápice más peligroso que las tres cosas juntas.

Compuse rápidamente un plan de acción.

Era lógico pensar que la Maners se habría llevado el libro a su vestuario, situado en la última planta del edificio. De noche, sobre todo, esa sala debía estar vacía. Si podía llegar hasta allí, bastaría con forzar la taquilla de la enfermera-jefe para recuperar mi libro, mi paz de espíritu… y mi autoestima.

Agarré fieramente mi bastón y me dispuse a emprender mi «vía crucis».

Al principio, resultó fácil. Todos mis huesos crujieron, mis articulaciones protestaron, mis tendones se tensaron, sentí pinchazos aquí, allí y más allá, pero pude salir de la habitación e internarme en el pasillo. Estaba completamente desierto. Llegué al ascensor sin contratiempos y sin contratiempos subí hasta la séptima planta del complejo hospitalario.

Por el momento, no era una aventura muy heroica, pero tampoco iba a quejarme de que no hubiera aparecido una horda de tugs, ansiosos por inmolarme a su sangrienta diosa.

En el momento que las puertas del ascensor se abrían automáticamente, entreví un revuelo de batas médicas desapareciendo en el de al lado. Atento por si volvían sobre sus pasos, capté un retazo de conversación:

—… habrá que pasar un informe a las autoridades sanitarias… —decía uno de los matasanos.

—Primero, tendremos que darle un nombre a la enfermedad que

padece ese pobre tipo… ¡sea la que sea! —corrigió otro, con tono preocupado—. Espero que no se trate de nada epidémico, porque si no… ¡Jamás había visto algo así!

El ascensor empezó a bajar, y yo, salí al pasillo. Tenía puertas a ambos lados y, al fondo, un recodo que debía conducir según el plano del hospital, al vestuario de enfermeras.

Mi objetivo.

De repente, se me congeló la respiración.

Por aquel fatídico recodo, caminando de espaldas al tener que tirar de un carrito, apareció una enfermera. Una mole de culo cuadrado, un prodigio geométrico hecho a base de escuadra y cartabón, que sólo podía pertenecer a…

Es sabido que, en situaciones de pánico extremo, el hombre reacciona casi inconscientemente. Así que abrí la puerta más cercana y me deslicé al interior de una de las habitaciones.

Me pegué a la puerta como una lapa, conteniendo la respiración y escuchando las pisadas de la Maners por el pasillo. Si se le ocurría entrar en la habitación…

Pasó de largo. Al cabo de unos segundos, oí las puertas del ascensor.

—¡Bien venido a la última morada terrenal del humilde Jon Stormbird! —Me sobresaltó una voz a mis espaldas.

Me volví. En la habitación había una sola cama y, en ella, un viejo con cara de alucinado y un extraño color ceniciento en la piel. Estaba medio sepultado en un mar de papeles, desparramados sobre las sábanas, en lo que parecía un completo caos. No me hubiera extrañado que fuese una víctima más de la Maners, castigado a permanecer allí por toda la eternidad por gritar mientras le torturaba.

Su sonrisa era de loco.

—No se quede ahí, hombre. ¡Vamos, máteme!

Sí, no había duda. Estaba loco…

… o me tomaba en la oscuridad por la enfermera-jefe.

—¡Ah!, ¿no quiere matarme? —Pareció sorprenderse—. Quizá le han enviado para hacerme hablar. Si es así, le diré todo lo que necesita saber. Se anotará un montón de puntos ante sus jefes.

No sabía de qué diablos me estaba hablando. Pero, de todas formas, me acerqué. Era una forma de matar el tiempo, de

conseguir un rato de tranquilidad, de sentirme a salvo del monstruo innombrable que vagaba por los pasillos.

Al llegar junto al vejete, reparé en que estaba ocupado con un crucigrama. Pero no lo resolvía, lo componía. Había dibujado una cuadrícula de

18×14

en un papel y, al lado, anotaba las definiciones pertinentes. Me extrañó que no colocase las palabras en los cuadros correspondientes del crucigrama.

—Un momento, por favor. Me faltan un par de palabras —garabateó el par de definiciones y me tendió la hoja—. Puede llevárselo, ¡a ver si lo resuelve! Coja los demás, también.

Miré los papeles amontonados sobre la cama y decliné la invitación. El que tenía en mis manos, era el más pequeño.

—Ya. Tiene prisa, claro. Sus jefes se impacientan —dijo comprensivo—. Bueno, pregunte.

Me pareció que sonreía de un modo demasiado amistoso. Como si un dios se dignase conceder audiencia a un microbio del tifus. Como no sabía qué preguntarle, opté por el lugar común:

—¿Cómo se encuentra?

—Ya falta menos. Toque, toque —y me alargó el brazo. Le toqué aprensivamente la mano con un dedo y lo retiré de inmediato.

Una de las propiedades de la piel y la masa muscular, es la elasticidad. Y allí no había elasticidad alguna: era como tocar madera. De inmediato, me vino a la memoria la conversación de los médicos del ascensor y la alucinante idea de que, después de todo, la Maners no era tan mal bicho.

—¡Oh, no se alarme! —se apresuró a decir el vejete, golpeándose un brazo con los nudillos de la mano contraria. El sonido resultó ser un horrible «¡toc, toc!»—. Le aseguro que no es contagioso… Pero, vamos, ya que me tiene completamente a su merced, cumpla con su obligación e interrógueme.

O se estaba confundiendo de persona, o tenía los sesos como una regadera a consecuencia de su enfermedad. Intenté poner las cosas en su sitio:

—No he venido a preguntarle nada. Sólo estaba escondiéndome de la enfermera Maners.

—¡Ah, ese buitre! —exclamó, mientras un velo de preocupación

enturbiaba su jocosidad.

Al menos, me había demostrado que no estaba tan loco.

—Pero me parece muy lamentable que un matón de la Stark International tenga miedo de una simple enfermera. Sí, muy lamentable.

—Si veo a un matón de ésos, se lo comentaré.

—Basta de dilaciones. Este interrogatorio no me parece nada serio —protestó excitado, al ver que yo no respondía a sus expectativas—. Quiere que le diga dónde está la pirámide, ¿no?

—No —respondí con total sinceridad.

—¡Ah, muy astuto! Cree que, negándolo, me confiaré, ¿eh?… Pues, se equivoca. Ahora, atienda: suba al *Osiris*, el vapor que hace el trayecto Luxor-Assuan. Siéntese a estribor y esté atento al paisaje. Verá la pirámide —soltó una risita—. Bueno, la verá y no la verá, claro. El viejo Imosis III, era muy listo. ¿Me sigue?

Le seguía. La corriente, claro.

—Tan listo como usted, ¿eh? No son pistas muy claras, que digamos…

Se escandalizó:

—¿Qué quiere? ¿Que le dé un plano con una crucecita? ¡Use el cerebro, amigo, si es que lo tiene! —Se calmó—. Los hicsos se habían apoderado de Egipto, así que: a faraón fantasma, pirámide fantasma. Viaje en el *Osiris* y la verá.

—¡Ah, muy bien! ¡Muchas gracias!… Y, ¿hay tesoros en esa pirámide?

—¡Naturalmente! ¡Muchos!… Y, algo más… ¡el veneno! ¡El mayor tesoro para el ignorante y la peor muerte para el sabio!

—Ya —hice como si lo comprendiera todo, no fuera que se enfadase de nuevo—. Esto… ¿y no podría ser más concreto?

—Podría, claro que podría… ¡el caso es que no quiero! —soltó otra risita—. No le he mentido, palabra, pero le he dado suficiente información para que se pase años buscando la pirámide sin encontrarla.

Yo ya me estaba cansando del jueguecito, así que decidí cortar por lo sano.

—Lo siento, pero no pienso perder ni un solo minuto. Y, ahora, si me disculpa, he de volver a mi…

En ese momento, se oyó un rumor de golpes y gritos en el

pasillo. Por reflejo, me vino a la mente la imagen de una Norma Maners, colérica, lanzando ganchos de izquierda a sus subalternas por haberme dejado salir de la habitación.

Acto seguido, alguien quiso abrir la puerta y soltó un sordo gruñido al notar que estaba cerrada.

Y era un gruñido masculino.

Un hombro se dejó caer contra la puerta. Las maldiciones se redoblaron y el anciano me miró como si me viera por primera vez.

—Oiga, ¿usted es de la Stark International, o no?

—¡Ya le dije que no! ¡Me llamo Indiana James y…!

—¡Vaya, ahora resulta que cobran vida los personajes cinematográficos!

—No, ese Indiana, no…

Fuera, se oyó el «¡clack!» inconfundible de una pistola al ser amartillada.

El vejete me agarró por la muñeca y tiró de mí. El contacto de su mano, frío y áspero, me provocó un escalofrío.

—¡Póngase en contacto con Maureen Hjortsberg! ¡La encontrará en el British Museum, en Londres! Dígale que lo olvide todo, ¿me entiende?… ¡Que lo olvide todo y se esconda! ¡La conocen y la buscarán! —Buscó angustiado alguna señal que le indicase que yo era de confianza. Me limité a asentir con la cabeza para tranquilizarle. Me soltó—: Escóndase debajo de la cama y no intervenga. ¡Hagan lo que hagan, quédese quieto!

Sonó el «¡plop!» de un disparó con silenciador.

—¡Rápido, escóndase!

Le obedecí.

La puerta se abrió y cuatro piernas, enfundadas en sobrios pantalones de tela con una raya impecable, se acercaron a la cama.

—Bien, Stormbird —dijo una voz seca y bien modulada, como la de un locutor de radio—. Hable. Aquí y ahora.

Lo que siguió a continuación, fue la repetición casi exacta de la conversación que yo había sostenido con el anciano. Les dijo lo mismo que a mí, excepto lo de la chica. Ni una palabra más, ni una palabra menos. Eso sí, los que preguntaban, no se tomaban las respuestas tan diplomáticamente como yo. Empezaron a amenazarle, pero el tal Stormbird se lo tomaba a chunga.

«Locutor» y su compañero se impacientaron:

—¡Está bien, viejo! ¡A ver si entiende esto! —aulló exasperado «Locutor».

Oí el sonido de dos tremendas bofetadas. Y un grito. El de «Locutor».

—¡Maldita sea, este tipo es de madera!

—Todavía, no —contestó Stormbird, afablemente—. Pero el proceso está a punto de terminar. ¿Con qué me va a amenazar ahora? ¿Con un nido de termitas?

—Hay otros medios para que hable… ¡y muy dolorosos, aunque sea de madera!

Aquello me sonó muy feo. Y, ya se sabe, los hay que nacen listos y los que nacemos tontos. Y, como uno de cada diez mil tontos, llega a héroe, decidí aumentar el promedio. No podía quedarme allí tendido, mientras torturaban a un pobre anciano indefenso.

Rodé bajo la cama, agarré las piernas del que tenía más cerca y tiré hacia mí.

Ese primer movimiento no estuvo nada mal. Seguía conservando mi *feeling*. El tipo se desplomó sobre el otro, que estaba tras él, arrastrándole al suelo. A mí se me descoyuntaron los hombros, pero me las arreglé para incorporarme, buscando algo que me sirviera de arma.

—¡Busca ayuda, busca ayuda! —gritó Stormbird.

—Pero… —balbuceé, apremiado entre mi indefensión y la pistola de los otros.

—¡Corre!

Cojeé hasta la puerta.

«¡Plop!, ¡plop!, ¡plop!».

Tres balas vinieron en mi busca y atravesaron el marco de la puerta, estrellándose contra la pared del pasillo, al llegar una centésima de segundo tarde a la cita. Me lancé trastabillando hacia el ascensor pensando que Stormbird no debía estar tan loco como había supuesto. Visto el interés que demostraban los otros por aquella misteriosa pirámide, muy bien podía resultar que todo aquel galimatías fuese cierto.

Un ascensor estaba llegando, muy oportuno, a la planta. Apenas las puertas empezaron a abrirse, tuve la fugaz visión de Norma Maners en su interior, pero ni siquiera ese horror podía detenerme en aquel momento. Me colé, rozando los batientes con los hombros,

aparté al espanto de un empujón y apreté todos los botones de la caja con la palma de la mano.

—¡Señor James! —gritó la Maners, antes de ver a los dos tipos, pistola en mano, corriendo por el pasillo. Después de verlos, siguió gritando. Más fuerte—: ¡¡¡Señor Jameeeeees!!!

La empujé a un lado, hacia la zona que quedaba cubierta por la puerta corrediza que se cerraba muy muy lentamente. Demasiado. Dos balas se colaron por el resquicio entre ellas, antes de que pudiésemos considerarnos a salvo.

El ascensor empezó a bajar.

La enfermera se había quedado lívida, mirando los dos agujeros humeantes en la pared del vehículo.

—Señor James… ¿qué… qué significa esto…?

—Ejercicios de recuperación —dije, intentando deslumbrarla con mi sonrisa—. Gimnasia colectiva.

—¡Señor James! —Recuperada del susto, volvía a parecerse, inquietamente, al ser de pesadilla que había aprendido a temer. Avanzó hacia mí, acorralándome contra una de las esquinas del ascensor—. ¡¡Exijo una explicación de todo esto!! ¡¡Y ahora mismo, o…!!

Me salvó la campana.

Una campana en forma de explosión, que hizo vibrar la estructura metálica del ascensor.

Se apagaron las luces, la Maners se desmayó, cayendo sobre mí y aplastándome un par de vértebras y el ingenio mecánico se detuvo en seco. Por suerte para mí, a la altura de una puerta. Apreté el botón de emergencia, las puertas se entreabrieron y yo salí corriendo.

No paré hasta que, ya en el exterior, me vi instalado en un taxi.

Una mirada al hospital, me dejó atónito. Lo que había sido la última planta del Lincoln Memorial, no era más que un amasijo de cascotes y vigas retorcidas. Había desaparecido. ¡La habían volado!

CAPÍTULO II

Los periódicos del día siguiente comentaban, largo y tendido, lo sucedido en el hospital.

En cuanto a los hechos se refiere, casi todos reproducían la noticia de la United Press International:

EGIPTÓLOGO ASESINADO EN UN HOSPITAL

Nueva York. — Jon Stormbird, reputado arqueólogo, especialista en temas egipcios, falleció ayer en el Lincoln Memorial Hospital a consecuencia de una explosión, provocada por varios cartuchos de dinamita, depositados en su habitación por unos desconocidos. El cuerpo quedó prácticamente desintegrado.

Jon Stormbird, de 58 años, había sido internado en dicho hospital, tras sufrir un desvanecimiento en el aeropuerto de La Guardia, desde donde tenía previsto partir hacia Londres. Fuentes médicas autorizadas, aseguraron que el profesor Stormbird presentaba una serie de «desconcertantes» síntomas y que se había convocado a un equipo de especialistas para intentar establecer un diagnóstico. La explosión impedirá que este diagnóstico sea efectuado «post mortem», al no haber quedado suficientes fragmentos del cuerpo.

Los agresores, a quienes una enfermera del centro describió como «dos jóvenes correctamente vestidos, con aspecto de ejecutivos», se dieron a la fuga aprovechando

los instantes de desconcierto que sucedieron a la explosión. Se desconocen cuáles fueron sus móviles.

La dirección del Lincoln Memorial Hospital anunció que a la una de la madrugada del día de hoy, haría pública una nota explicativa de lo sucedido.

Había más, desde luego.

Por ejemplo, la poco amable nota necrológica que el Daily Bugle incluía junto a la noticia.

En ella, se describía a Stormbird como «un excelente arqueólogo, un científico de primera categoría», que había visto truncada su brillante carrera, a causa de su excesiva ambición personal.

Se rumoreaba que, frecuentemente, no daba parte de sus descubrimientos, prefiriendo venderlos al mejor postor. Esa actitud le había acarreado el descrédito entre la clase científica, demasiado hipócrita de cara a la galería, o envidiosa de no atreverse a hacer lo mismo.

Todo eso le leí tranquilamente, a primera hora de la mañana, en casa de mi amigo Ricky Berger, el piloto, donde había acudido en busca de refugio.

Ricky me debía algunos favores. En realidad, bastantes menos de los que le debía yo a él, pero era demasiado caballeroso para recordármelo en momentos apurados. Así que no tuvo ningún inconveniente en prestarme 3000 dólares sin hacer demasiadas preguntas.

Para ser exactos, sólo hizo una:

—¿Segurrro que estás en condisiones de irrr a Londrrres? Yo apostarría que no llegas ni a la esquina, *mon ami*.

—Estoy bien —confirmé, yo—. De todas formas, me iban a dar de alta dentro de un par de años —y apoyándome en un bastón, salí de su casa en busca de un taxi.

El taxi me llevó hasta el aeropuerto de La Guardia, un avión de la Delta Airlines me dejó en el Heathrow ocho horas después, en Londres, y un nuevo taxi me llevó directamente hasta Russell Square, dejándome frente al Museo Británico.

Durante el viaje, intenté entretenerme resolviendo el crucigrama que me había dado Jon Stormbird, pensando que, allí, quizá encontrase alguna pista, algún mensaje críptico, sobre su

trabalenguas. Pero sólo conseguí desconcertarme todavía más.

Al irlo rellenando, hasta donde alcanzaban mis conocimientos y posibilidades, me di cuenta que las palabras de 14 y 18 letras, casaban de forma perfecta, tanto horizontal como verticalmente, sin que se necesitase ningún cuadro negro. Y, eso, en un idioma proclive a palabras cortas, como es el inglés, resultaba doblemente increíble. Stormbird lo había confeccionado de memoria, sin comprobar siquiera las palabras, anotándolas en las casillas.

O lo había estado practicando durante doscientos años, o estaba dotado de una inteligencia y una cultura descomunales.

¿Qué clase de genio había sido Jon Stormbird? Bien, tal vez Maureen Hjortsberg tuviera una respuesta a esa pregunta.

Eran las cuatro de la tarde y el British Museum soportaba el eterno aluvión de turistas, deseosos de echarle una ojeada a los tesoros que el Imperio Británico había tenido el «detalle» de expoliar a una multitud de países, para conservarlos adecuadamente en la Metrópoli, cobrando los respectivos *tickets* de entrada.

Pagué el mío, me acerqué a un ordenanza y, como si le conociera de varias reencarnaciones anteriores —era hindú—, le pregunté por Maureen Hjortsberg.

—¡Ah! ¿También tiene que asistir a la reunión? —se interesó, amablemente.

No sabía que había una reunión, ni qué clase de reunión se trataba, pero me apresuré a decir que sí, que por supuesto, que faltaría más.

—Le acompañaré —se ofreció.

Seguí al hindú, que caminaba lentamente para no dejarme atrás en mi renqueo. Salimos de la zona destinada al público y bajamos una corta escalera que desembocaba en un pasillo, tan ancho como la habitación que tenía en el hospital.

—La Sala de Restauración de Arqueología Egipcia es la puerta «F» —me indicó, señalando el final del largo corredor.

Seguí solo, con mi bastón. Pasé las puertas «A», «B» y «C». A la altura de la «D», ya me pareció oír un grito ahogado procedente de la sala a la que me dirigía.

Cruzaba frente a la «E», cuando el desahogo acústico se hizo más penetrable. Alguien chillaba aterrorizada. Una mujer. Debía ser una reunión muy movida.

Entré en la sala «F».

Era muy amplia, pero excesivamente atiborrada de cachivaches egipcios en diferentes estadios de conservación. Algunos, parecían recién terminados; otros, mostraban las huellas de los siglos con demasiada evidencia. Haces de luz entraban por una ventana-claraboya, situadas en lo alto de una de las paredes. Un par de largas mesas de trabajo, llenas de instrumental científico, aguardaban a las piezas que necesitaban un barrido y un fregado.

Pero, en medio de aquel tranquilo y milenario ambiente, se encontraban dos sujetos cuya jeta me sonaba demasiado, ocupados en hacer ver las estrellas a una rubia, cuyos rasgos nórdicos cuadraban a la perfección con el apellido Hjortsberg Uno la sujetaba y el otro la golpeaba. Con precisión, con saña, con profesionalidad de experto en la materia.

Al oír el chirrido de la puerta, los tres se volvieron hacia mí como un grupo escultórico móvil.

—¡Es el tipo del hospital! —gritó el más alto de los dos. Y reconocí su voz de locutor radiofónico, y, por reflejo, miré las perneras de sus pantalones. Pero se los había cambiado.

Soltó a la chica e inició el movimiento de desenfundar una pistola.

En otros tiempos y en otras condiciones físicas, Indiana James hubiera solventado la papeleta, saltando como un felino sobre los villanos, logrando que salieran despedidos por la claraboya con un par de golpes, cuatro llaves y una habilidad pasmosa en un ser simplemente humano. Pero, en aquellos momentos, el estado de mis músculos y mis huesos no aconsejaba las exhibiciones cirquenses. Bastante tuve con lograr que no se convirtiesen en gelatina, ante la perspectiva de una pelea.

Cogí lo primero que me vino a la mano —una estatuilla de Anubis, el dios-chacal egipcio— y se la tiré a la cabeza.

El éxito del lanzamiento se vio empañado por el hecho de que, en vez de romperse la cabeza del elegante matón, fuera Anubis el que se hizo mil pedazos. Aun así, mi moral se fortaleció y me vi capaz de emular al Indiana de los tiempos felices.

Me acerqué a ellos con el bastón en ristre, como un viejo cascarrabias dispuesto a poner las cosas en su sitio. El caballero tullido al rescate de la dama en peligro, acosada por dos ogros

caníbales.

«Locutor» esquivó con insultante facilidad mi lento y torpe golpe, y le sobró tiempo para incrustarme su puño en el estómago, soplarse los nudillos, reírse a carcajadas de mi expresión de dolor, guiñarle el ojo a su compinche y comentar que no valía la pena gastar balas al precio que estaban.

Caí hacia atrás cuan largo era. Crujieron mis huesos y sentí como si cientos de vengativas Normas Maners me acribillasen el cuerpo con sus hipodérmicas despuntadas. Al menos lo había intentado. Ya me avisarían cuando llegasen los basureros a recogerme. Por mi parte, le cedía el testigo al siguiente «desfacedor de entuertos».

Pero, quien lo recogió, fue la misma chica.

Seguramente furiosa por la manera en que trataban a su pretendido salvador, se vengó de uno de los matones, partiéndole en la cabeza una reproducción a escala del célebre escriba sentado.

El otro, que remataba su impecable atuendo con unas gafas Warner último modelo, hizo una mueca de desagrado y se giró hacia ella.

—¡Cuidado! —grité desde el suelo, con un hilo de voz.

—¡Sí, cuidado no te vayas a herniar! —me contestó ella en un tono nada agradecido.

Y, de una patada, volcó una de las mesas de trabajo sobre «Gafas». El destinatario la recibió en pleno pecho, trastabilló hacia atrás llevado por el impulso y se vio frenado cuando su columna vertebral entró en contacto con otra columna mucho más dura, una egipcia de haces de papiro.

Por lo visto, la tenían allí para colocar debidamente su arquitrabe, porque estaba suelto. Osciló unos segundos para dar un poco de suspense a la situación y, como es preceptivo, acabó cayendo sobre la cabeza de «Gafas».

Lanzó un gruñido y perdió el sentido. Todo, con mucha elegancia, eso sí.

Desde el suelo, hecho un cromo, le grité a la rubia:

—¿Cómo se encuentra? —Creo que patentaré la frase.

—¡Mejor que tú, eso seguro! —respondió con la amabilidad que había visto le caracterizaba.

—Si me ayudas a levantarme… —sugerí.

—¿Debería hacerlo?

—¡Oh, vamos! ¡Stormbird me pidió que viniera a avisarte que esos tipos te buscarían!… ¡Si llego a saber que me ibas a tratar así, me quedo tranquilamente en casa, en vez de venir en tu ayuda!

—¿Ayuda? ¿Qué ayuda?

La que terminó ofreciéndome para que me levantase. Tras mil quejidos y unos cuantos cientos de gritos de dolor, conseguí incorporarme.

—¡Salgamos de aquí! —gritó, tirando de mí de tal manera que aún no comprendo cómo no me arrancó el brazo de cuajo.

Avanzamos por el pasillo como un lazarillo estirando de un subnormal.

—¡Corre, maldita sea! ¡Corre! —Me urgía, sin soltarse.

—No… no puedo… —jadeé—. ¡Me duele todo!

—¡Que no puedes!… ¡¡¡Ya verás si puedes!!! —Y tiró con más fuerza. Definitivamente, tendría que volver a enyesarme el hombro.

Traqueteamos a lo largo de Bloomsbury Street, hasta alcanzar Oxford Street, donde Maureen paró un taxi.

—¿Tienes dinero para un par de pasajes hasta El Cairo? —me preguntó, ansiosa.

Yo llevaba más de dos mil dólares en uno de los bolsillos de mi chaleco de cremalleras.

—Sí, pero… —no me dejó terminar.

—¡A Heathrow! —ordenó al taxista.

—¡Un momento, un momento! —protesté—. Stormbird dijo que te ocultases, no habló para nada de ir a Egipto. Además, no estoy en condiciones de…

—¡Eso es evidente! —cortó con cierto desprecio—. Pero la carrera ha empezado y tenemos que llegar antes que ellos a la maldita pirámide, ¿de acuerdo?

—No —contesté, sabiendo que era inútil.

Lo fue.

CAPÍTULO III

El primer vuelo directo a El Cairo no salía hasta las nueve de la noche. Demasiado tiempo de espera. Seguramente, los dos angelitos que habíamos dejado en el sótano del British Museum se nos echarían encima mucho antes.

Nos embarcamos en un avión que se dirigía a París, donde podríamos enlazar con otro a Egipto. Los asientos del aparato de Air France eran muy cómodos, pero para personas normales. Para alguien como yo, con la mitad de mis huesos bailando, cada uno por su cuenta, resultaban un suplicio.

Cuando me hube cansado de buscar una posición remotamente confortable, intenté sacarle algo a Maureen sobre nuestro viaje y la misteriosa pirámide.

—¿Te dijo dónde estaba? —contraatacó ella, a la primera insinuación.

—No. ¿Lo sabes tú?

—Bueno… sé cómo encontrarla —terminó concediendo tras varios minutos de lucha consigo misma.

—¿Y por qué te fías de mí? —pregunté.

—¿Quién dice que me fío? —cortó ella, asombrada.

Tenía los ojos muy azules, la piel muy blanca y el pelo muy rubio. Unos veinticuatro años, usaba lentillas y su nariz era respingona, lo que frustraba un poco su aspecto de sesuda arqueóloga. Quise responderle duramente, cortarle las alas, hacerle bajar de su pedestal, pero no pude.

—Necesito a alguien que me ayude —dijo por fin, viendo que yo me callaba—. Creí que tenía tiempo para seleccionar un equipo propio, pero la visita de esos dos matones me demostró que no…

—¿Trabajabas para Stormbird?

—A veces, le ayudaba…

—Entonces, es cierto que descubrió una pirámide.

—Estoy segura. Una construcción secreta del período de dominación hicso.

Yo no estaba excesivamente versado en la historia egipcia de hace tres mil años.

—Los hicsos eran unos bestias —explicó Maureen, sin la menor distanciación histórica—. Procedían del Asia Menor y les encantaba emplear su poco intelecto en construir y desarrollar máquinas de guerra. Invadieron el país durante la XIII Dinastía, unos mil setecientos años antes de J. C., y no fueron expulsados hasta siglo y medio después. Durante ese lapso, parece que la dinastía faraónica siguió existiendo, convertida en una especie de sociedad secreta. Por lo menos, ésa era la teoría de Jon.

—… y la pirámide pertenece a ese período —apunté yo, para demostrarle que no era imbécil del todo.

—¡Vaya! ¿Has sudado mucho para deducirlo? —Menospreció ella—. Aun bajo la dominación hicsia, los egipcios siguieron aferrándose a sus creencias. Para ellos, la muerte era un mero tránsito hacia una vida ultraterrena, a la que era aconsejable llegar en las mejores condiciones posibles, de ahí sus embalsamamientos, y donde necesitarían de todas sus riquezas. Por eso almacenaban fabulosos tesoros junto a las momias.

—Y, para que los hicsos no disfrutasen en la tierra lo que ellos necesitaban en el cielo, erigieron sus pirámides secretamente, en lugares ocultos… —dije, satisfecho.

—Es evidente, ¿no? —contestó, como si yo fuera un loro amaestrado que hubiera repetido innecesariamente sus palabras, cuando no se le pedía que hiciese ninguna gracia.

Ya que, según parecía, no era capaz de aportar nada inteligente a su erudita parrafada, me crucé de brazos, enfurruñado, intentando poner un poco de orden en todo aquello.

Las cosas empezaban a tener su lógica. Jon Stormbird había descubierto la pirámide de marras y no había dado parte a las autoridades egipcias para quedarse con todo lo encontrado, haciendo honor a su turbia reputación. Su extraña enfermedad y su explosiva muerte, le habían impedido regresar a Egipto con los medios necesarios para sacar el tesoro furtivamente del país.

Pero, había algo que no encajaba. Y, aunque intenté morderme la lengua, venció la curiosidad. Algo nada extraño en mí.

—Puede que lo que haya en esa pirámide valga mucho dinero. Sin embargo, ¿qué diablos pinta en este asunto la Stark International? Por lo que sé, es una empresa especializada en alta tecnología…

Un destello de alarma brilló en los ojos de Maureen durante una fracción de segundo.

—¡Ah!, ¿eran de la Stark? —dijo después, sonriendo tan falsamente como pudiera haberlo hecho la enfermera-jefe Maners —. No tenía ni idea. Es más, francamente, me parece imposible… ¿La Stark?… No, seguro que no.

Ni siquiera parecía importarle que yo me diese cuenta de que mentía.

—Sí, seguro que sí —rectifique yo, tozudo—. Y no tienes por qué creerme a mí. Me lo dijo Stormbird en su lecho de muerte. Incluso me tomó por uno de ellos.

—Estaría delirando —se apresuró a explicar—. No son más que aventureros que quieren apoderarse del tesoro. Pero nosotros lo encontraremos y lo entregaremos a las autoridades egipcias, a cambio de la recompensa tradicional. Según mis cálculos, puedes llegar a embolsarte unos doscientos mil dólares.

Si pensaba que ante la simple mención de esa cifra, iba a poner en blanco los ojos y abandonar mi interrogatorio… ¡acertó! De pronto, me sentí cálidamente agradecido a Norma Maners. Gracias a ella, podría comprar el descanso del que estaba más que necesitado.

Entre la escala en París y el retraso del avión de enlace, llegamos a El Cairo hacia las seis de la madrugada del día siguiente.

Para continuar con mi recién impuesta moda de aviones y taxis, nos montamos en uno de estos últimos hasta el bazar de Jan el Jalili Nasr, porque había decidido que necesitábamos un arma con la que imponer un poco de respeto a los sabuesos que nos perseguían.

Así que nos internamos, sobre cuatro ruedas, en la ciudad monumental donde se apiñan diez millones de habitantes. Mirases donde mirases, veías una reliquia antigua, una imponente mezquita y gente, mucha gente, demasiada gente.

Desayunamos en un garito del zoco y Maureen se intoxicó con Kabah, mientras yo me intoxicaba con Kufta. Tratamos de eliminar

los ardores de la condimentada comida con cerveza «Stella» y, con la actividad del bazar en su apogeo, nos pusimos en marcha.

Millones de codazos, cientos de guiños, millares de miradas de complicidad y una fortuna de piastras en propinas y sobornos, nos llevaron a una lóbrega trastienda donde me vendieron un subfusil UZI por la módica suma de doscientos dólares. Una «ganga». Para rematar mi sentimiento de «estúpido turista, vilmente estafado como se merece», el vendedor me explicó que me lo dejaba tan «barato» porque a veces se atascaba.

Echando humo, como una locomotora del viejo Oeste a toda presión, salimos del tugurio mientras guardaba el subfusil bajo mi chaleco de cremalleras. Era lo bastante discreto para llevarlo oculto y, además, me serviría como prótesis para cuando mis pobres y molidos huesos decidieran desertar del cuerpo de un dueño tan irresponsable.

—Y, ahora, ¿qué? —pregunté a Maureen—. ¿Nos inscribimos en un hotelucho con nombre falso?

—¿Para qué? —Restalló, mirándome sospechosamente.

—No para lo que estás pensando, encanto —repliqué—. Puedo estar muriéndome por segundos, pero no conseguirás que secunde los libidinosos pensamientos que cruzan por tu mente en este momento… ¡Defenderé mi virginidad!

No le hizo la menor gracia. Pero su rostro enrojecido confirmó que yo había acertado.

—No podemos perder tiempo —dijo ella, cambiando de conversación—. Tenemos que coger el tren hacia Luxor y embarcar en el *Osiris*.

Aquello me recordó las famosas «pistas» de Stormbird y me alarmé. Me clavé en seco en medio de la calle.

—¿El *Osiris*? Pero ¿es que no sabes dónde está la pirámide?

—Sé cómo encontrarla. Y, para hacerlo, tenemos que embarcar en ese vapor…

—… sentarnos a estribor y esperar —grité sin importarme que me oyeran—. ¡Eso ya lo sé! ¡Y ellos, también!… ¡Stormbird se lo debió contar hasta a los pájaros que volaban frente a su ventana!

—¡Exacto, por eso debemos darnos prisa! —Aquella chica tenía la virtud de desmontarme cada argumento—. Si no llegamos antes que ellos al *Osiris*, nos los encontraremos.

—¡Oh! ¡No hará falta esperar tanto! —comenté yo.

—¿Cómo?

—Mira tú misma —y señalé hacia adelante.

Entre la masa que atestaba las estrechas callejuelas, destacaban cuatro figuras embutidas en trajes sobrios y elegantes. Allí estaban «Locutor», «Gafas Warner» y dos compinches más.

—Empieza a correr, nena. Yo te seguiré… Espero.

Empezamos a devolver los codazos de la gente, mientras maldecía sin cesar mi estrella: Acababa de comprarme un arma y no me servía de nada. Las riadas de gente eran, al mismo tiempo, el parapeto que nos mantenía momentáneamente a salvo y el obstáculo que me impedía lanzarles una ráfaga… ¡y ellos a nosotros!

Enfilamos una calleja menos transitada y Maureen echó a correr, estirando de mí. Al llegar a la esquina, ellos hicieron lo propio. No se apresuraban demasiado, sólo lo justo para no perdernos de vista.

Cerca de la mezquita de Al-Ashar, junto a la que se encuentra la Universidad de El Cairo, nos metimos en una sucursal de la Avis y salimos con un coche alquilado. De inmediato, como por arte de magia, nuestros cuatro pisatalones consiguieron su propio vehículo.

Empezó un alegre recorrido turístico por la ciudad, amenizado por el bonito juego del escondite: bajamos hacia el sur hasta la sepultura de los Mamelucos, nos desviamos hacia el oeste por el puente Gama'a, lo cruzamos en sentido inverso por la Avenida 26 de Julio, efectuamos unos cuantos virajes imprevistos, enfilamos unas calles en dirección prohibida, nos jugamos las patillas en unas cuantas curvas peligrosas y terminamos en el parque Ezbikieh, convencidos de que lo único que nos seguía, era el polvo levantado por nuestro vehículo.

—De aquí a la estación central, hay menos de cinco minutos —expliqué a Maureen—. Andando.

—Y ¿por qué no vamos hasta Luxor en coche? —preguntó ella, sorprendida—. Ahora, ya les hemos despistado.

—Porque pensarán exactamente lo que tú has pensado. Iremos en tren.

Media hora después, viajábamos en el convoy El Cairo-Assuan,

en un compartimento de primera clase. Esperaba poder descansar un buen montón de horas seguidas, así que, cuanto antes aclarase algunas cosas con la belleza nórdica, mejor.

No me anduve por las ramas:

—¿Qué pista tienes para encontrar la pirámide?

—Bueno… hay que subir a bordo del Osiris y hacer algo… —respondió vagamente, colocándose a la defensiva.

—¡Exactamente!, ¿qué?

—No pienso decírtelo.

—Muy bien, muy bien —comenté con acritud—. Si no te fías de mí, no tienes por qué venir conmigo… Es más, no quiero que vengas conmigo.

—No es eso, Indy. Sencillamente, es mejor que no lo sepas. Imagina que esos bestias te capturan y te torturan para hacerte hablar. No creo que resistieras mucho…

—¡Oh, claro! —No pude evitar el sarcasmo—. Pero tú, resistirás lo que haga falta, ¿no?

—¡Exacto! —exclamó, dando por terminada la conversación.

Mastiqué con furia mi mal humor y me dediqué a contemplar el paisaje.

Desde El Cairo a Luxor hay, exactamente, setecientos veintiún kilómetros que el tren recorrería en unas quince horas. La línea férrea, al igual que la carretera, corre hacia el sur pegada al Nilo, la verdadera arteria y fuente de vida del país.

A través de las ventanillas, veíamos desfilar un paisaje monótono con la espectacular huella del hombre, aquí o allá. A lo lejos, divisamos las pirámides de Gizeh; más al sur, la de Abusir y la mastaba escalonada de Sakkara, punto central de un inmenso complejo funerario diseñado por Imhotep y primera de las monumentales construcciones de los antiguos egipcios.

Resistí el viaje bastante bien, hasta que Maureen empezó a relatarme la historia de todos aquellos maravillosos pedruscos, salpicada de anécdotas mil. No lo hice expresamente, lo juro, pero el cansancio me venció y acabé dormido entre dos asientos. Lo último inteligible que oí, fueron unos cuantos tacos, dedicados a las almas insensibles de los que no merecen que se les regale con un poco de cultura.

Tuve una pesadilla: soñé que una sacerdotisa egipcia con el

rostro de Norma Maners, me perseguía por los largos y lóbregos pasadizos interiores de una pirámide, enarbolando una hipodérmica, jurando que contenía líquido embalsamador.

Maureen me despertó cuando el tren estaba entrando en Beni Suef, una capital de provincia a ciento veinte kilómetros de la capital.

—¿Hemos llegado? —pregunté todavía soñoliento.

—Sólo a Beni Suef… ¡pero no somos los únicos! ¡Mira!

Atisbé el andén, levantando una esquina del visillo de la ventanilla.

—¡Oh, mierda! —Se me escapó. Alineados a lo largo del andén, los cuatro matones destacaban de la masa, gracias a sus trajes impecables. Debían haber descubierto el coche abandonado y nos habían alcanzado por carretera—. Van a subir.

—¿Y si nos bajamos cuando ellos hayan subido al tren, un segundo antes de que arranque? —aventuró la chica, entusiasmada, como si fuera la idea del siglo.

—Y, entonces… —agregué, yo—. Se morderán los puños de rabia, mientras nosotros nos reímos de ellos agitando los pañuelos burlonamente, ¿verdad?

—Sí, eso es… ¡eso es! —Aplaudió enfervorizada.

—Mucha película has visto tú —dije, borrándole su sonrisa—. Primero, nada les impide bajar del tren. Y, segundo, llegarán antes que nosotros al *Osiris*.

El convoy frenaba ya junto al andén.

—Ven conmigo —la tomé de la mano y tiré de ella suavemente.

Retrocediendo a lo largo de los vagones, fuimos descendiendo de categoría. La segunda clase ya no tenía compartimientos privados con aire acondicionado; los seis o siete vagones de tercera, estaban abarrotados de campesinos egipcios que apenas parpadeaban bajo el sofocante calor; y, al final, nos encontramos con tres vagones de carga.

Atravesamos los dos primeros y terminamos en el *cul-de-sac* del furgón de cola, donde se encontraban, además de la preceptiva carga, unas cuantas jaulas de animalitos domésticos. El vagón no tenía ventanas, ni más puerta que la que nosotros habíamos utilizado.

—Bien, ¿qué te parece? —exclamé contentísimo, extendiendo

los brazos.

—¡No podemos quedarnos aquí! —exclamó Maureen—. ¡Nos acorralarán! ¡No podremos escapar!

—Eso crees, ¿eh? ¿Estás segura?

—¡Claro que lo estoy!

—Bien, espero que ellos piensen igual.

—Ah, ¿tienes un plan?

—¿Te ha costado mucho deducirlo? —pregunté, disfrutando de lo lindo. Así aprendería aquella sabelotodo.

—¡Conociéndote, claro que cuesta! ¡Muchísimo!… ¡Cuesta hasta descubrir que eres capaz de pensar! —gritó, furiosa.

—¡Pues sí! ¡Tengo un plan! —aullé yo a mi vez—. ¡Y es secreto, como tu famosa pista en el *Osiris*! ¿Entendido?

Nos sentamos en el suelo de tablas, dándonos la espalda. Si así me trataban los «amigos», no quería ni imaginarme lo que harían los otros.

Saqué el subfusil y esperé. Los chicos de la Stark tardaron unos quince minutos en llegar. Alguien empujó el portón de acceso y lo abrió.

Era «Locutor». Se quedó clavado al ver mi arma.

—De acuerdo —dije—. Ya nos habéis localizado. El problema es que, si queréis entrar, tendréis que convencer a mi amigo aquí presente —y palmeé gentilmente el subfusil.

Me miró sin parpadear. Tras él, adivinaba la silueta de sus compañeros.

—Sólo ganaréis un poco de tiempo —replicó—. Hemos sobornado a los revisores para que nos dejen los vagones de carga en exclusiva. Estáis acorralados.

Sentí los ojos de Maureen clavándose en mi nuca.

—Perfecto. Nosotros no podemos salir, pero vosotros no podéis entrar. Veremos lo que pasa al llegar a la próxima estación. Ahora, tienes cinco segundos para cerrar la puerta.

Obedeció disciplinadamente.

—¡Estupendo, genio! —soltó la chica—. ¿Y, ahora?

—Ahora nos bajamos del tren, desde luego —respondí en voz baja para que los de fuera no pudieran escucharme.

—¿Cómo? ¿Por dónde?

—Por debajo —y señalé las tablas del piso—. No será muy difícil

levantarlas. De momento, atrancaremos la puerta con esas jaulas.

Con un poco de suerte, los matones se prepararían para una salida desesperada en la próxima estación. Así lo había sugerido yo. Cuando se dieran cuenta, ya estaríamos muy lejos.

El traqueteo del tren cubrió el ruido que hicimos al levantar las tablas, ayudados por unas barras de hierro que encontramos en el furgón, usándolas como palancas. Abrimos un boquete de metro y medio de largo, por medio de ancho.

Las traviesas de las vías desfilaban a gran velocidad ante nuestros ojos. En ese momento, ya no me pareció que el tren fuese tan lento.

—¿Tenemos que dejarnos caer por ahí? —preguntó Maureen, lívida.

—Yo, sí. Si tú prefieres quedarte…

No sé qué hubiera podido responder, si los acontecimientos no se hubieran precipitado. Del techo del vagón nos llegó un ruido sospechoso. Alguno de nuestros perseguidores se había encaramado a él. No me había preguntado todavía para qué, cuando tuve la contestación.

Por uno de los respiraderos del techo, nos enviaron un regalo, una granada de gases lacrimógenos que empezó a soltar su carga de inmediato. Todos los animales de las jaulas empezaron a maullar, ladrar o chillar, estruendosamente.

Aquello era una maniobra muy fea, así que me olvidé de mi innata caballerosidad y apunté mi arma hacia el techo, lanzando un par de ráfagas.

Si querían jugar sucio, jugaríamos todos.

No sé si fallé, o había más de un matón en el techo, pero alguien respondió al fuego, antes de que «Locutor» gritase a pleno pulmón:

—¡Cuidado con la chica! ¡La necesitamos viva!

Estupendo. A mí, podían zurcirme a balazos.

—Las damas, primero —comenté, señalando el agujero en el piso del vagón.

Maureen se tendió, agarrándose a los bordes del boquete. Con sumo cuidado pasó una mano, primero, luego otra, a uno de los ejes del tren. Pero se quedó allí clavada. No había punto de apoyo para los pies.

—Tranquila, yo te ayudaré.

Me eché en el suelo y cogí sus pies con ambas manos, haciéndolos descender lentamente hasta casi tocar las traviesas. Todo su cuerpo estaba ahora paralelo a ellas.

—¡Cuando diga «ya», suéltate! —avisé.

—Indy, espera…

—¿Qué ocurre? ¡No tenemos tiempo!

—¿Cómo te las arreglarás para salir sin ayuda?

Enternecedor. Pero era algo que me estaba preguntando hacía varios minutos.

—¡Ya me las apañaré! A la una, a las dos… ¡ya! —Liberé sus tobillos en el mismo instante en que ella, cerrando los ojos, soltaba la barra.

La vi un instante de espaldas, chocando contra las traviesas y desapareció.

Era mi turno.

Imité sus movimientos hasta sujetarme al eje. Si no conseguía caer recto, podría rebotar y… bueno, mejor no pensarlo.

Lentamente, intenté tensar las piernas. Tuve la sensación de que me rompería en mil pedazos sin necesidad de estrellarme contra las traviesas. Descendí unos centímetros…

… y me solté.

El impacto fue mucho más fuerte de lo que me había imaginado. Mis huesos restallaron y la sombra de un espolón gigante, del final del vagón, pasó a escasos milímetros de mi cara.

Tardé unos segundos en comprender que seguía vivo. E, inmediatamente, me pregunté si Maureen habría tenido la misma suerte que yo.

Al fin y al cabo, sin ella no tenía ninguna esperanza de encontrar la pirámide y sus tesoros.

CAPÍTULO IV

La encontré después de descansar medio kilómetro junto a los rieles. Estaba perfectamente, aunque un poco aturdida y medio muerta del susto.

Anochecía. Caminamos hasta la cercana carretera y conseguimos que nos parase el primer coche que pasó. Es indigno confesarlo, pero creo que las piernas de Maureen tuvieron mucho que ver con el frenazo del Chevrolet del 71. Indigno para ella, claro. Si hubiera sido necesario, hasta yo me hubiera quedado en calzoncillos, pero supongo que nuestras posibilidades habrían disminuido sensiblemente.

El conductor era un árabe que chapurreaba algo de inglés.

—Americanos, ¿eh? ¿Adónde se dirigen?

—Hacia el sur —contesté—. A la ciudad más próxima.

—Kolosana. Unos cuarenta kilómetros.

Con toda parsimonia, como aquel que no quiere la cosa, fui sacando billetes de diez libras egipcias de mi cartera. Más o menos, unas cinco mil piastras.

El árabe me fulminó con la mirada.

—¿No pretenderá insultar mi generosidad con su sucio y asqueroso dinero?

—¡Por supuesto que no! —me apresuré a decir—. Es sólo la recompensa generosa a un amigo, si puede llevarnos hasta Kolosana antes de que llegue el expreso de El Cairo.

Aún no sé cómo, pero tras gritar «¡trato hecho!», consiguió hacer desaparecer mi dinero, cambiar de marcha, colocar un trapo rojo en la antena de radio del coche, darme una amable palmadita en la pierna y estampar un beso en la frente de Maureen… ¡todo a la vez!

Tras intentar imitar —y superar ampliamente— las proezas de

Alain Prost y Keke Rosberg juntos, nos dejó en el mismo centro de Kolosana a las nueve y media en punto. El tren no tenía prevista su llegada hasta las diez y cuarto.

Secándose el sudor, sonriente y complacido consigo mismo, el árabe se dirigió a nosotros:

—Ha sido muy divertido, de verdad. Pero no lo repetiría por nada del mundo…

—Diez mil más, si nos llevas hasta Luxor —fue lo único que respondí.

Cuando conseguí recuperar suficiente aliento como para gritarle que se detuviera, que debía hacer algo antes de ponernos en marcha, ya estábamos a un par de kilómetros de Kolosana.

Cuando nos devolvió a la ciudad, Maureen, haciendo ademán de seguirme, preguntó:

—¿Dónde vas?

—Es un secreto —respondí, saboreando dulcemente una a una las palabras y la expresión furiosa de la chica—. Vuelvo enseguida.

Me dirigí a la estación y localicé una cabina telefónica. Eran las nueve treinta y cinco. Con un poco de suerte, el tren todavía no habría llegado a Beni Mazar.

Descolgué el teléfono y marqué el número de la jefatura de policía de El Cairo. Contestó un funcionario. En árabe, claro. Le pregunté si entendía el inglés y me dijo que sí.

Tomé aire.

—Hemos colocado una carga explosiva en la línea férrea entre Beni Mazar y Kolosana —y, en un rapto de inspiración, agregué—: ¡El gobierno egipcio pagará la traición que supone su abandono de la causa palestina!

Colgué inmediatamente, antes de que me preguntasen qué hacía un palestino hablando en inglés y que se acordasen que ese abandono se había producido en tiempos de Anuar El Sadat y Jimmy Carter. De todas formas, ya se sabe que hay heridas que no cicatrizan fácilmente y en estos tiempos, en que se ven terroristas hasta en la sopa, podría colar.

Volví al coche:

—¡Volando a Luxor!

Creo que me obedeció li-te-ral-men-te.

Como prefería que mis nervios no se volviesen tan quebradizos

como mis huesos, me dediqué a dormitar durante casi todo el trayecto, tras convencerme a mí mismo que la jugarreta tenía que haber dado resultado. Por muy dudosa que les pareciera la llamada, habrían parado el tren como medida de precaución.

A las siete de la mañana, el Chevrolet despertaba a todo Luxor con su estridente chirrido de frenos. Nos dejó junto al formidable templo que preside la ciudad.

* * *

Luxor, la antigua Tebas, justifica plenamente su fama. Es la ciudad que acumula más belleza y maravillas arquitectónicas, en menos espacio. Normalmente, tanto Maureen, como yo —y si fuese los dos juntos, mejor— hubiéramos pasado unos días inolvidables visitando su templo, obra consecutiva de cuatro faraones: Amenofis III, que lo empezó con toda la ilusión del mundo; el hereje Eknatón, adorador del Sol, que destruyó buena parte de lo edificado por su antecesor, añadiendo nuevas naves; Tutankamón, que antes de proseguir la obra, se cepilló casi todo lo de su antecesor, y, finalmente, Ramsés el Grande, culminador de la obra, para su felicidad y la de los millares de esclavos que debían estar maldiciendo las «veleidades» de sus predecesores.

También podíamos habernos desplazado hasta la vecina Karnak, o al Valle de los Reyes, o no haber salido de la habitación del hotel… —Una opción menos cultural, pero más recreativa—. En fin, el caso es que, tras pagar a nuestro taxista particular, salimos flechados hacia el embarcadero, situado frente al Winter Palace Hotel.

Por una vez, tuvimos suerte. El *Osiris* estaba allí, amarrado y quietecito, esperándonos. Algunos pasajeros empezaban a subir a bordo.

Preguntamos a qué hora tenía prevista la salida.

—A las diez en punto —nos informó un empleado—. ¿Quieren pasajes?

—Sí. Un camarote doble —apunté yo, en voz baja. Pero, no lo bastante.

—Dos camarotes individuales —rectificó inmediatamente Maureen. El empleado sonrió y yo, temo, enrojecí un poco. Pero, Maureen no había terminado—. El 2A y el 3A, para ser exactos.

—Lo siento —se disculpó el hombre—. Todos los camarotes de estribor están reservados.

La chica suspiró, impaciente. Había descubierto una de sus cartas ante mí y no le había servido de nada.

—Dígame quién los ha reservado —exigió Maureen—. Hablaré con esas personas y les propondré el cambio.

—¡Señora… o señorita! —exclamó el empleado, empezando a poner cara de sospecha, aunque no supiera de qué sospechar exactamente—. ¡Todos los camarotes disponen de las mismas comodidades! ¡Le aseguro que…!

—Razones sentimentales —me apresuré a decir, improvisando —. Pasa… pasamos la luna de miel en esos camarotes y ahora, en estos momentos de crisis, quisiéramos recuperar aquellos felices días en que nuestras almas vibraban al unísono…

Callé de golpe. Me estaba pasando. No sólo el egipcio me miraba con ojos alucinados por mi parrafada, sino que, Maureen, parecía a punto de llamar a los loqueros.

—¿Pasaron su luna de miel en camarotes separados? —aulló aquel pergreñador incansable de problemas.

Yo ya no sabía qué decir.

—Somos cristianos de la Biblia Regenerada —soltó Maureen, echándome un cable—. Nuestra religión prescribe que los esposos duerman en habitaciones separadas. El amor debe ser algo puro y platónico, más allá de toda suciedad física.

—Por eso decía lo de las almas… —Remató yo.

—Ah… oh… ya… euh… —balbuceó el tipo, boqueando como si estuviera ante dos marcianitos verdes. Parpadeó unos segundos, antes de preguntar—. Americanos, ¿no?

—¡Sí! —respondimos al unísono.

—Ahora lo entiendo todo —sonrió el tipo, como si aquélla fuera la explicación mágica de toda excentricidad—. El caso es que todos los camarotes de estribor fueron reservados en El Cairo, a nombre de una empresa multinacional… ¡americana! —Hizo hincapié en esto—. Y, claro, aún no se ha presentado nadie a recogerlos. Si a la hora de zarpar no están aquí, se anularán las reservas y podré venderles los pasajes…

Eran las ocho de la mañana. Nos quedamos cerca de la ventanilla, discretamente escondidos, con el corazón en vilo. En el

momento menos pensado, podía llegar «Locutor» y sus secuaces. No sólo nos quitarían los camarotes, sino, presumiblemente, otras cosas más necesarias para la supervivencia en este mundo cruel.

—¿Por qué son tan importantes esos camarotes? —Se me ocurrió, ingenuo de mí, preguntarle a Maureen.

Ella me respondió con una amplia y feliz sonrisa.

—Es un secreto, claro —me respondí yo mismo—. Está bien, está bien, no he dicho nada…

A las diez en punto, cantamos victoria.

Nadie se había presentado a recoger los pasajes y cruzamos la pasarela junto a los últimos pasajeros.

Maureen se quedó en cubierta, mientras el vapor se ponía en marcha. Quería asegurarse de que no se presentaban en el último momento, como en una película de suspense.

Yo bajé a los camarotes. Estaba cansado, roto, hecho polvo, destrozado, magullado y descoyuntado. Hacía horas que soñaba con una cama como está mandado. Ya que Maureen no había mostrado preferencia por ninguno de los dos habitáculos, me metí en el 2A. ¿No sería un truco, todo aquello?

A la vista de la cama, el armario, los sillones y la mesita, todo me importó un pimiento. Me dispuse a desparramar mis huesos por la cama, sin dejar de contarlos cuidadosamente. Seguro que había perdido más de uno en el trayecto.

Pero los simpáticos muchachos del vapor, parecían dispuestos a que los desparramara por otro lado. Estaba sentado en el borde de la cama, quitándome una bota, cuando el barco escoró ligeramente al zarpar, haciéndome perder el equilibrio. Braceé en el aire y terminé machacándome la cabeza contra la pared de la izquierda tras haber intentado, inútilmente, amortiguar el golpe extendiendo los brazos.

Podía haber sido peor, podía haberme cortado el brazo con el cristal del ojo de buey donde había apoyado la mano con la bota. Afortunadamente, el cristal había resistido, aunque la suela lo había rasguñado. Maldiciendo en voz baja a todos los dioses y faraones egipcios, me desplomé desfallecido en el lecho.

Un minuto después, sonaban unos golpecitos en la puerta del camarote. Era Maureen.

—Parece que lo hemos conseguido —exclamó, exultante—. Lo

que no entiendo es por qué no han llegado a tiempo. El horario con el tren está coordinado para…

Era mi oportunidad. Así que le conté la estratagema de la bomba.

—¡Vaya, vaya! —dijo mirándome, como si me viera por primera vez—. Por lo visto, hasta ahora te habías limitado a cultivar los músculos. Ya era hora que le dedicases alguna atención a tu cerebro…

—¿Reconoces que lo tengo?… ¡Es todo un cambio!

En ese momento, el barco empezó a disminuir su velocidad. Alguien maniobró en sus entrañas y empezó a virar, hasta completar un arco de 180º.

—¿Qué… qué ocurre?

—¡Estamos volviendo al embarcadero!

Nos unimos al coro de turistas y demás pasajeros que asediaban a la tripulación. Yo tuve una nefasta premonición, que se confirmó cuando vimos dos compañías de policía egipcia frente al Winter Palace Hotel.

—¡Deben desalojar el barco inmediatamente! —anunció el capitán, a través del sistema de megafonía—. Seguramente, se trata de una falsa alarma, pero se ha avisado que hay una bomba a bordo. Perdonen las molestias, pero…

—¡¡¡A eso se le llama plagio!!! —Escupí con rabia.

Tuvimos que esperar una hora, mientras la policía registraba la embarcación de proa a popa. Cuando se nos informó que podíamos embarcar de nuevo, apabullándonos con interminables rosarios de excusas, «Locutor» y sus amigos no habían hecho acto de presencia.

—Parece que les ha salido mal… —apuntó Maureen—. Han ganado tiempo, pero no el suficiente…

—Eso espero —sentencié, fúnebre.

Y, como siempre que auguro desgracia, éstas se confirmaron.

Estábamos a bordo, la pasarela de acceso estaba siendo desmontada, cuando un vehículo llegó a toda pastilla hasta el embarcadero. «Locutor», «Gafas» y los otros dos —uno de ellos con el brazo en cabestrillo—, agitaron al aire los resguardos de sus reservas.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Maureen.

—No lo sé. Recuerda que apenas he empezado a cultivar mi

cerebro, ¿recuerdas?

—¡Mezquino! ¡No es momento para…!

—De acuerdo. Escondámonos. Si intentamos salir, nos cruzaremos con ellos.

Bajamos a los camarotes y nos atrincheramos en el 2A. A través del ojo de buey, vimos a los muchachos de la Stark hablando con el empleado que había anulado sus pasajes y, luego, subiendo a bordo.

—Bueno, busca esa maldita pista de una vez. Yo me encargaré de buscar la manera de largarnos de este trasto…

—No lo entiendes, Indy. Tenemos que quedarnos aquí, en el vapor, ¡en este camarote!

—¿De qué diablos estás hablando?

Antes de que Maureen pudiera contestar, llamaron a la puerta. Ambos nos pusimos inmediatamente en guardia. Yo, además, me puse el subfusil bajo el chaleco.

—¿Sí…?

—Servicio de habitaciones —respondió una voz anónima—. Tengo que cambiar las sábanas.

Resoplé. No podían haber encontrado una excusa más sobada. Les creía más creativos.

—No… no es posible —gritó Maureen—. Estamos… estamos ocupados…

—No —dije yo. De nada serviría empeñarse en no abrir la puerta—. Un momento, por favor…

Empuñé el subfusil Uzi, aparté la cómoda y los sillones de la puerta y la entreabrí.

Vi a uno de los camareros del vapor, un chico egipcio de unos dieciséis años, pero, como me temía, alguien lo apartó de inmediato y «Locutor», «Gafas», «Cabestrillo» y el cuarto hombre que llevaba un traje de color gris marengo, irrumpieron en el camarote, derribándome con su impulso.

Nos apuntaron cuatro pistolas.

—Éste es el final del camino —anunció «Locutor», rebosando satisfacción—. Contesten una sola pregunta y la paz descenderá sobre ustedes. ¿Me explico?

Unos minutos después, Maureen y yo estábamos atados a los sillones, mientras los cuatro hombres se quitaban las americanas, dispuestos a machacarnos.

CAPÍTULO V

—¿Y bien? —preguntó «Locutor»—. ¿Vais a hablar o no?

—No gastes saliva —espetó Maureen, erguida y desafiante—. La necesitarás para declarar ante la policía.

Sin más preámbulo y sin tener en cuenta el detalle de que había sido Maureen la que había replicado, «Gris Marengo» me asestó una patada en el estómago. Si hubiera desayunado, hubiera resultado una lastimosa pérdida de tiempo, pero sentiría el gustazo de mancharle sus inmaculados zapatos.

Parecía dispuesto a repetir la gracia, pero «Locutor» le detuvo, agarrándole el brazo.

—¿Hablarás? —me preguntó.

—¿Me creeríais si os dijera que no sé nada? —respondí.

—No.

—Me lo temía, así que no lo diré. Ni eso, ni nada.

El tipo se volvió hacia Maureen.

—Te ofrezco la oportunidad de ahorrarte el espectáculo, nena. Hasta que digas basta, nos dedicaremos a hacerle papilla.

—Haced lo que queráis —respondió la chica, desafiante—. Ese idiota me importa un pepino.

En otro momento, me hubiera emocionado su valor, su decisión y su temeridad. En éste, no. En éste, todas esas estupideces las iba a pagar mi maltrecho físico.

No es que sea excesivamente morboso, pero sí relataría aquí lo ocurrido en las dos horas siguientes… si me acordase de algo. De aquella sesión, sólo me queda un recuerdo: dolor. Dolor elevado a la enésima potencia.

Habían pedido un radiocassette y lo habían puesto a todo volumen para que la tripulación del vapor creyera que nos

estábamos corriendo una simple e inofensiva juerga.

Cuando los matones decidieron tomarse un respiro, Maureen no había dicho una sola palabra.

—Está bien —anunció «Locutor»—. Vamos a intentarlo al revés.

En ese momento, Maureen me miró. Nuestros ojos coincidieron durante un segundo y supe lo que iba a pasar. A pesar de sus bravatas sobre la resistencia a la tortura, los dos sabíamos que acabaría cediendo, confesando todo lo que sabía y no habría servido de nada mi «heroica» resistencia.

—Será mejor que no os atreváis a tocarla —escupí, apretando los dientes.

—Claro que nos atreveremos. Mira —y «Locutor» en persona, le puso un ojo a la funerala a la dulce Maureen—. ¿Seguimos?… Depende de ti.

—Yo… —dudé.

—Sé que no se ha de mezclar el trabajo con el placer —comentó «Locutor»—. Pero, a veces…

Y rasgó la ropa de la chica con esa sonrisa lasciva que suelen tener los malos de la película. O quizá me lo imaginé, ¿qué más da? Fuera como fuese, decidí que había llegado el momento de marcarme un farol.

—¡Basta! —grité—. ¡Os lo diré!

—¡No les digas nada, James! ¿Entendido?… ¡¡¡Nada!!!

—No le hagas caso —me aconsejó uno de los matones, paternalmente—. Son cosas que se dicen para quedar bien. Habla.

Hice ver que vacilaba, que la duda me corroía. Y era cierto. Dudaba sobre qué mentira contarles que tuviera ciertos visos de verosimilitud.

Un cigarrillo se acercó a uno de los senos de la chica. Un chisporroteo, un grito agónico y un montón de sonrisas.

—¿Tienes algo que decirnos, Indiana?

—Sí… —balbuceé. Y miré a Maureen como pidiendo excusas, como a punto de echarme a llorar—. Lo siento, Maureen, no puedo soportar que te… Nos unen demasiadas cosas —volví la cabeza hacia «Locutor»—. Para encontrar la pirámide, tenéis que…

—¡¡¡Cállate, Maldito Hijo de Puta!!! ¡¡¡Cállate!!! —el aullido de Maureen nos sobresaltó a todos. Ni siquiera con el cigarrillo había gritado tanto.

De repente, mis ojos se fijaron en el ojo de buey que había rayado al caerme unas horas antes. Y vi que el arañazo tenía forma de triángulo, con los lados algo curvados… ¡Perfecto! ¡Era perfecto!

—La pirámide está oculta bajo una montaña —anuncié, solemnemente.

—Eso lo sabemos, chico listo —dijo uno de los matones—. El problema es encontrar la montaña. ¿Cómo?

Nueva mirada a Maureen, fingiendo una angustia sobrenatural. Al no estar mirándola ninguno de nuestros compañeros de camarote, hasta se permitió el lujo de sonreírme.

—Es muy fácil… —proseguí—. ¿Ven esa rozadura del cristal, en el ojo de buey?

«Locutor» miró hacia allí. Inmediatamente, un destello de alarma apareció en su rostro. Todos sus músculos se pusieron en tensión, su cuerpo hizo el movimiento casi imperceptible del cazador que encuentra su presa, tras pasar una eternidad acechándola.

—¿Quieres decir qué…?

—Esa marca la hizo el propio Stormbird. Es el perfil de la montaña en cuestión —con franqueza, hasta yo estaba admirado de la brillantez de mi idea. Tragarían, seguro—. Basta con sentarse ante el ojo de buey y esperar a que una de las montañas de la margen izquierda del Nilo, coincida con esa silueta.

«Locutor» se giró hacia los otros.

—¿Qué os parece?

Maureen empezó a gritar y patalear. Incluso me escupió en la cara, dirigiéndome los insultos más soeces de la lengua inglesa y sus «slangs». Si les quedaba algún leve rastro de desconfianza, su actuación la disipó.

Todos asintieron con decisión.

—Siempre existe la posibilidad de que nos haya mentido… —dijo «Locutor»—. Por si acaso, conservaremos a la chica.

Alcé los ojos hacia él, sobresaltado.

—Te soltaremos en cuanto oscurezca, no te preocupes —comentó con una sonrisa irónica. Me estremecí.

Fui trasladado al camarote contiguo y me dejaron sólo hasta que oscureció. Debían ser las diez o las once, cuando me desataron y me dieron un bastón para que pudiera caminar. Entre tres, todos con

pistolas en los bolsillos, me llevaron a una cubierta desierta hasta popa.

—Debemos estar a la altura de Gebelen —tuvo a bien informarme «Locutor»—. En este lugar existe una curiosa cocodrilópolis: sepulturas y sarcófagos de cocodrilos, por los que los antiguos egipcios sentían un respeto casi religioso. Quizá sea para traer flores a sus antepasados, pero lo curioso es que, aquí, suelen reunirse muchos animalitos de esa especie…

Y rió como si hubiera contado un chiste muy gracioso. Miré a derecha e izquierda. En ese punto, el Nilo debía tener unos dos kilómetros de anchura. Me pareció ver sombras inmóviles y acechantes en las oscuras aguas… pero, tal vez, sólo se tratase de troncos flotantes.

—Baño nocturno, ¿no? —dije, sabiendo que era una pregunta retórica.

—¿A ti, qué te parece?

Intenté ganar tiempo a la desesperada, rogando porque ocurriese el milagro:

—Esto… ¿para quién trabajáis?

—Lo sabes perfectamente, para la Stark International. Pero no se lo digas a los cocodrilos… Son muy chismosos.

Sentí que dos pares de brazos me alzaban sobre la barandilla del vapor.

—Un momento, un momento, ¿por qué una compañía…?

Un segundo después, caía al agua como un fardo.

Emergí lo más rápidamente posible para tratar de agarrarme a los costados del vapor, pero éste ya se alejaba. Para mayor escarnio, entreví a tres siluetas en cubierta, agitando sus manos con recochineo.

Rápidamente, me hice una composición de lugar: fuera cual fuese la orilla que eligiera, tendría que nadar un kilómetro y estaba exhausto. Eso, sin contar los famosos cocodrilos.

Empecé a nadar, emperrado en no soltar el bastón. En un momento dado —y desesperado— podría servir como arma defensiva. La corriente me arrastraba de regreso a Luxor, de forma que mi recorrido dibujaba una diagonal. Pronto se hizo evidente que las escasas fuerzas que me restaban, me estaban abandonando en desbandada.

Entonces, vi mi tabla de salvación: un tronco flotante arrastrado por las aguas.

Por un momento, absorto en mis múltiples problemas, me había olvidado de los cocodrilos. Me acordé de ellos cuando ya cantaba victoria.

El «tronco» abrió unas fauces enormes, con hileras de refulgentes dientes bien alineados. Los ojos del reptil brillaban en la oscuridad con —estaba seguro— perversa satisfacción.

Frené en seco, chapoteando como un imbécil, sintiéndome empalado por una barra de hielo. Traté de pensar en Johnny Weismuller, pero el saurio también debía haber visto las viejas películas de Tarzán porque, con un movimiento silencioso, se abalanzó sobre mí.

Movido por un ataque de frenética inspiración, le di con el bastón en los morros. El animal se echó atrás con un revoloteo de cola que me rozó la espalda y me hizo avanzar más de cinco metros hacia la orilla.

Seguí nadando, rogando porque hubiera quedado escarmentado. Un silbido de escamas detrás de mí, me indicó que el cocodrilo había decidido probar fortuna de nuevo. No cejaría hasta haberme devorado, aunque después derramase lágrimas —de cocodrilo— por mí.

Giré y volví a golpear con el bastón. Esta vez, el saurio estaba preparado. Lo partió en dos de un mordisco, quedándose la mitad en la boca. No tardó un segundo en escupirlo.

Vi sus fauces abriéndose ante mí, inmensas y negras como una gruta en el centro de La Tierra.

Metí el brazo dentro de la gruta y apuntalé techo y suelo con la mitad del bastón que me quedaba. Al fin y al cabo, si le salía bien a Tarzán, ¿por qué no a mí?

Sonó un crujido cuando la bestia cerró las mandíbulas, para inmediatamente quedarse con la boca abierta, como admirada por mi habilidad. Nadé antes de que acertara a reaccionar y recordase que todavía podía hacerme puré con su cola, en justa venganza a mi maniobra.

En esos momentos, me sentí muy inteligente y resuelto. Hasta me permití el lujo de pensar en otros asuntos, mientras trataba de alcanzar la orilla. No me había dado tiempo a preguntar: ¿Qué

diablos hacía una multinacional de chips, computadoras, *software* y *hardware*, detrás de una pirámide egipcia? ¿Qué podía impulsarles a cometer rapto, tortura y asesinato?… ¿Acaso suponían que los antiguos egipcios poseían secretos tecnológicos que pudieran serles útiles? No, eso resultaba absolutamente descabellado.

Estaba ya a unos treinta metros de la orilla, en plena orgía de razonamientos deductivos, cuando una cierta agitación del agua a mi alrededor me hizo volver a la cruda realidad.

Miré con aprensión a mi derecha. Luego, a mi izquierda. Por último, a mis espaldas.

En total, si no me desconté por el nerviosismo, eran una docena los cocodrilos que, como lentos torpedos, se me acercaban seguros de alcanzar su objetivo.

Mis posibilidades de escapar al ataque, eran bastante bajas.

Para ser concretos: cero sobre mil.

CAPÍTULO VI

El miembro más rápido de la flotilla de saurios, abrió sus fauces indolentemente. No tenía ninguna necesidad de darse prisa.

Yo me limité a soltar un respingo, jurando que, si por algún milagro salía con vida de aquella situación, usaría botas de piel de cocodrilo por el resto de mis días, como justa venganza al trago que me estaban haciendo pasar.

Sonó un estampido.

El animal se convulsionó en el aire.

De pronto, ya sólo le brillaba un ojo en la noche. El otro, era un agujero negro del que rezumaba una sustancia viscosa. Sangre.

Otro disparo, una nueva convulsión a mis espaldas.

Una andanada y los cocodrilos supervivientes, mostrando la sabiduría de una especie prehistórica como la suya, se apresuraron a poner agua de por medio.

Alcé la vista hacia la orilla. Contra la luna que colgaba radiante sobre el desierto, se recortaban varias siluetas humanas. Nadé hacia ellas, agotando las últimas energías de que disponía.

Un par de hombres se metieron en el agua hasta las rodillas para tirar de mí y acabar de sacarme. Hubiera sido divertido que, después de tomarse la molestia de salvarme la vida, me hubiera ahogado ante sus narices. Me desplomé sobre la arcilla rojiza y húmeda de la orilla, exhalando mi último suspiro. Si querían que siguiera respirando, tendrían que ayudarme con un pulmón artificial.

—Tranquilícese. Le llevaremos a nuestro campamento —dijo una voz, grave y profunda.

Eran beduinos. Nómadas del desierto cuyos viejos fusiles Remington me habían librado de una muerte cierta. Me ofrecieron

comida que no me atreví a rechazar: *tehina*, ensalada hecha con semillas de ajonjolí y *farcha*, gallina aderezada con toda clase de salsas picantes. Lo devoré todo como un etíope. No sabía si, en mi estado, me sentaría mal, pero pensé que más valía morir de indigestión, que matar de lo mismo al cocodrilo que me hubiera merendado.

Uno de los beduinos hablaba correctamente el inglés:

—Le hemos preparado una cama en la tienda principal. Debe descansar. Si ése es su deseo, mañana nos contará lo que le ha ocurrido.

—No, mañana no —protesté débilmente. No quería ofenderles —. Debo irme ahora. Tengo que alcanzar el vapor.

—Parece enfermo. Debe descansar.

—No puedo. Si me quedo, los que me han tirado al agua, matarán también a una amiga. ¿Puedo conseguir un coche?

El beduino pareció dudar. Finalmente, asintió:

—Te llevaré a Gebelen. Allí podrás conseguir uno.

Poco después, dos beduinos avanzaban por el desierto, a lomos de sendos camellos, hacia Gebelen. Uno de esos dos beduinos era yo, ataviado con las ropas que me habían prestado. El turbante ocultaba prácticamente todo mi rostro.

Me despedí del nómada en Gebelen. En mi cartera quedaban poco más de quinientos dólares pasados por agua. La mayoría fueron a parar a manos del mecánico al que saqué de la cama para alquilarle un coche. Dijo que no me preocupase. Tendría oportunidad más que sobrada de secarlos.

Instalado en los mandos de un «*jeep*», me lancé hacia Edfu, a setenta y cuatro kilómetros de Gebelen. El vapor hacía escala a las nueve de la mañana y logre llegar cinco horas antes. Debería haber pasado el tiempo tramando plan tras plan, pero en cuanto apagué el motor se me cerraron los ojos. Pasé el tiempo durmiendo a pierna suelta.

Una vez atracó el vapor, la mayoría de los pasajeros desembarcaron para hacer el recorrido turístico de rigor. Tocaba extasiarse ante el magnífico templo de Horus. Yo, saqué un *ticket* de cubierta hasta Assuan y me informé que el *Osiris* no zarparía hasta las cinco de la tarde.

Bien, tenía tiempo para trazar el aplazado plan. Empecé a pensar

furiosamente…

… y me volví a dormir.

Mezclado con los maravillados turistas, pisé de nuevo la cubierta del vapor a las cinco en punto. El velo del turbante beduino me servía para ver sin ser visto. Justo lo que me interesaba.

Primero, vagué por la embarcación en busca de mis enemigos. Durante la parada no habían asomado la nariz, así que debían estar en el camarote. De vez en cuando, alguno de ellos salía a pasear por cubierta, o se acercaba al bar. Todos tenían los ojos enrojecidos y la mirada un poco perdida de tanto ojo de buey. La verdad es que, resultaban un poco cómicos. Al regresar al 2A, golpeaban cuatro veces la puerta con los nudillos, a modo de contraseña.

Segundo, hacerme con uno de ellos. Al anochecer, le tocó descanso a «Gris Marengo». Cuando regresaba al camarote, después de un par de Martinis, le sorprendí en un pasillo desierto. Le reduje a pulpa la nuca sin el menor remordimiento de conciencia por atacarle por la espalda.

Le quité su arma, una pistola Astra. Le agarré por un pie y fui barriendo el pasillo con su jeta hasta el camarote 2A.

Llamé cuatro veces con los nudillos y contuve la respiración con la pistola preparada.

Abrió «Locutor» en persona. Uno estaba de espaldas, mirando por el ojo de buey con los ojos como platos —me permití una ligera sonrisa— y el tercero, manejaba una Polaroid.

—Al primero que se mueva, lo hielo. Sé que, con este clima, os apetecería. A mí, también —cada sílaba me sabía a gloria.

Con un cuchillo, sin dejar de apuntar con el Astra a las figuras que había ordenado tenderse en el suelo, corté las cuerdas que sujetaban a Maureen. Ella misma se quitó la mordaza y me dio un beso de agradecimiento.

—No mancilles mi virtud —comenté, entregándole la pistola—. Si alguno se mueve un solo milímetro, dispara.

—¿No puedo disparar, aunque no se muevan? —preguntó rencorosa.

Les quité las pistolas a los otros y recuperé mi subfusil del armario. Un minuto después, estaban empaquetados como salchichas en el mismo armario.

—¿No deberíamos matarlos? —inquirió Maureen, como si

estuviera hablando del pavo de Navidad.

—Deberíamos, pero no lo haremos. No es mi estilo. Además, hay otra cosa más urgente… ¿Cómo diablos se puede encontrar esa pirámide?

Una extraña expresión apareció en el rostro de la chica. Suspiró y se sentó en la cama.

—¿Te burlas de mí? —preguntó.

No sabía de qué estaba hablando.

—¿Por qué fingiste que no conocías la pista secreta? —Siguió Maureen.

—¡No fingí! —protesté—. ¡No sólo no la conocía, sino que sigo sin conocerla! ¡Basta de jueguecitos, por favor!

—Entonces ¿cómo te las arreglaste para dársela a esos tipos cuando nos interrogaron?

Me quedé sin habla varios segundos.

—¿Quieres decir que… que…?

—¡Exacto! —Corroboró, creyendo que yo seguía con la comedia. Jon dibujó la forma de la montaña en el ojo de buey izquierdo del camarote 2A del vapor *Osiris*. Fin del misterio.

Volví a tardar varios segundos en reaccionar.

—Te equivocas —dije por fin—. Ese rasguño lo hice yo y por accidente. El cristal estaba impecable.

—¡Entonces, debió cambiarlo la compañía! ¡Por eso no hemos encontrado la montaña! —El tono exultante dejó paso a otro abatido—. Lo que significa que hemos perdido la pirámide para siempre.

Aún maravillado por la extraña coincidencia, concebí otra de mis geniales ideas. Una idea sugerida por las fotos Polaroid amontonadas en la mesita de noche.

—Las han hecho ellos, ¿no? —pregunté.

—Sí —admitió Maureen—. Las nocturnas están hechas con película infrarroja, pero no nos sirven de nada. Tenemos todas las montañas posibles, pero ninguna forma de averiguar cuál es la que nos interesa… ¡se acabó!

—Tal vez si, tal vez no.

Me apoderé de una toalla, me la enrollé en el puño y, de un golpe, pulvericé el cristal.

—¿Estás loco? —dijo, convencida de sus palabras—. ¿De qué

nos servirá eso?

—Hazlo —insistí.

Se encogió de hombros, tomó el teléfono y representó su papel de turista indignada, exigiendo la presencia de algún responsable. Tardaron dos segundos en acudir.

—¡Exijo otro camarote! —grité, fingiendo un enfado descomunal.

—Es… es imposible, señor —explicó el empleado—. Todos están ocupados. Sin embargo… quizá haya otra solución…

—¿Cuál? —pregunté, cruzando los dedos.

Era el momento de la verdad.

—Bueno… supongo que bastará… Es decir, si no tienen inconveniente… Bastará, decía, con que…

—¿Qué? ¿Qué? —le urgí con los nervios destrozados.

—Verá… Precisamente, hemos cambiado ese cristal hace un par de días porque el anterior estaba rayado. Sé que es una grosería imperdonable, pero si no les importa demasiado… Tenemos el antiguo en el almacén y, quizá…

Reprimí un aullido de alegría y le dije que bueno, que en el fondo yo era un trozo de pan que me conformaba con poca cosa y que, si sólo era hasta la próxima escala…

Y montaron el viejo cristal en el ojo de buey.

Con su rasguño bien visible.

Con su perfil característico, único.

El resto fue fácil. Hasta agradable. Exteriorizamos nuestra satisfacción con unos cuantos besos, achuchones y abrazos, antes de repasar la colección de polaroids. Todas llevaban, al dorso, la referencia del punto donde habían sido tomadas. ¡Bendita sea —por una vez— la meticulosidad de los matones de la Stark!

La colina que buscábamos, apareció en una de las fotos nocturnas. Estaba a treinta y dos kilómetros de Esna, a medio camino entre Esna y Edfu. Justo donde yo había vuelto a abordar el vapor.

Me metí la foto en el bolsillo.

—No podemos perder un solo segundo… En marcha.

—¿Cómo? —preguntó Maureen, atónita—. La próxima parada es ya en Assuan, dentro de doce horas.

—¡Bah, minucias! —Me tomé la libertad de exclamar.

Sabía por experiencia que, a esa hora de la noche, la cubierta estaría desierta. Tardamos cinco minutos en lanzar un pequeño esquife de salvamento al agua. Con el resto de los tres mil dólares que me había prestado Ricky Berger siglos atrás, estaba dispuesto a comprar la primera falúa que se nos pusiera a tiro.

Sólo reseñar una cosa: como en esta ocasión iba armado hasta los dientes —con todas las pistolas de los matones, más mi propio subfusil— ningún cocodrilo hizo acto de presencia.

Pero no pienso tenérselo en cuenta. Dentro de pocas horas iba a ser millonario.

Estaría demasiado ocupado pensando cómo gastar mi dinero, para desperdiciar el tiempo masacrando unos cuantos bichitos prehistóricos.

CAPÍTULO VII

Seis horas y media más tarde, frente a la dichosa colina, pensé que Norma Maners había sido el primer eslabón de la cadena que me había conducido hasta allí y me sentí cálidamente agradecido.

No fue difícil hallar la entrada.

Una vez sabías cuál era la colina correcta, bastaba con inspeccionar detenidamente sus laderas para dar con una gatera semioculta entre los arbustos.

A la luz de una linterna, nos arrastramos hacia el interior.

Salimos a una especie de enorme vestíbulo pavimentado, en el que flotaba un silencio mortal de siglos y cuyo aire era casi gélido.

Enormes estatuas de hasta trece metros de altura, se alineaban a ambos lados de la galería. Me sentí pequeño e insignificante y, por primera vez desde que salí del Lincoln Memorial Hospital, pensé en las historias de maldiciones faraónicas que había oído y leído durante toda mi vida.

—Es impresionante… —susurró Maureen, como si no quisiera profanar con su voz aquel santuario.

Y buscó mi mano. Y me la apretó. Y noté que temblaba.

Al final de la galería se distinguía el marco de una puerta. La atravesamos sin dejar de embobarnos ante las maravillas que nos rodeaban, pero, apenas habíamos entrado, una losa cayó a nuestras espaldas.

La puerta había quedado tapiada.

—¡Indy…! —chilló Maureen.

Yo sentí un extraño tacto contra mi piel, como si lloviera. Pero no se trataba de agua…

—¡Indy, está cayendo arena de todas partes!… ¡Es una trampa! ¡Nos sepultará!

Alumbré hacia arriba. De varios orificios en las paredes, brotaban chorros de arena a presión…

… una arena que nos cubrió hasta las rodillas en pocos minutos.

Y, luego, hasta la cintura…

… y seguía cayendo.

—¡Indy, haz algo, por favor! ¡Tenemos que salir de aquí!… ¡¡¡INDYYYYY!!!

Teníamos que salir de allí. Y la salida debía encontrarla yo. Muy bien. Las mujeres siempre son razonables en sus exigencias.

Recorrí las paredes con el haz luminoso de la linterna. Lisas como una losa funeraria de mármol.

Probé con el techo. Tenía unos tres metros de altura y estaba cruzado por dos vigas en diagonal. Quizá en el engarce de ambas podríamos sujetarnos.

—¡Mira eso, Maureen! —grité con la garganta reseca por la arena… y el pánico.

—Y ¿cómo llegamos hasta ahí?

—¡Trepa por mi cuerpo!

Captó la idea. Se acercó a mí, moviéndose lentamente a causa de la arena, como un monstruo de película. Si alguien hubiera visto la forma en que se abrazó a mi cuerpo, desesperada, salvajemente, hubiera pensado muy muy mal. Quedó de pie sobre mis hombros.

—¡Ya lo tengo, Indy!… ¡Intentaré subir a pulso!

Pero, en cuanto la viga tuvo que soportar su peso…

… ¡la tierra se abrió bajo mis pies!

La arena desapareció en una fracción de segundo, cayendo a las profundidades de un pozo sin fin que apareció bajo el suelo de la cámara.

Me agarré como una lapa a las piernas de Maureen.

Esos faraones pensaban en todo. Una trampa dentro de otra trampa. Al abrirse el suelo, también se había abierto la losa que cegaba la puerta, pero no podíamos alcanzarla. Nos íbamos a quedar allí, colgados por los siglos de los siglos, sin más posibilidad que la de terminar cayendo al abismo.

¿O no?

—¡Indyyy! ¡No podré aguantar mucho tiempo! —gimió Maureen —. ¡Haz…!

—¡Haz algo, ya lo sé! —terminé yo, fastidiado—. ¿Puedes

avanzar por la viga?

—Quizá… pero llegaremos a una esquina, lejos de la puerta…

—¡Obedece!

—De acuerdo, Indy. Cierra los ojos.

Empezó a avanzar por la viga. Cada vez que soltaba una mano, se me subía el estómago a la boca.

Al llegar a la esquina se clavó, esperando instrucciones.

—¡Los agujeros por donde salía la arena! ¡Intenta alcanzar el primero!

Lo intentó, pero mi peso era demasiado para ella. Quedó en forma de «X», con una mano en la viga y otra en el agujero, sin posibilidad de avanzar.

—Y, ahora, ¿qué?

—¡Un último esfuerzo, Maureen! ¡Resiste!

Esta vez, fui yo el que trepó por su cuerpo. Los brazos le temblaban y su piel, cubierta de sudor frío, era resbaladiza como la de una serpiente.

Logré alcanzar el siguiente agujero, pero, al soltar las piernas, medí la pared con mi cuerpo.

Si hubiera sido un personaje de dibujos animados, habría hecho un agujero en el muro con mi silueta. No hubiera venido mal. Al menos, habría descansado un rato.

Estaba al nivel de la puerta. Me afiancé con las piernas en el borde, tomé impulso hacia delante y rodé, ya a salvo, por la galería de las estatuas.

Sin tiempo para reponerme, me concentré en rescatar a Maureen. Rasgué mi ropa a tiras e hice una cuerda anudándolas.

En calzoncillos, sintiéndome un poco ridículo, le eché el cabo. Lo cogió, se dejó caer, soportó el bestial tirón y dejó que la subiera. Eso fue lo más complicado, claro. Mis brazos nunca se repondrán del esfuerzo.

Ella tardó unos minutos en recuperarse.

—Esa puerta era una trampa para incautos. Tiene que existir otra para penetrar en el corazón del templo…

—Sí —admitió la chica—. Pero ¿dónde?…

Tardamos una hora en encontrarla. Al apretar un resorte situado en la mano de una de las estatuas, se abrió una trampilla entre dos de ellas.

Enfoqué la oscuridad de un lóbrego corredor.

—¿Probamos? —pregunté, no muy convencido.

—¡Claro! Tiene que ser el camino bueno. No habrá más trampas, ya lo verás.

—Por si acaso, avanzaremos como si las hubiera.

El suelo estaba cubierto de losas rectangulares. En un determinado momento, descubrí que una sobresalía levemente.

—Esto no me gusta nada. ¿Y si la saltamos? —consulté.

Maureen no se hizo rogar. La losa tenía un metro de anchura y la salvamos sin dificultad.

El corredor seguía ascendiendo, hasta desembocar en una sala de techo altísimo. Como un bosque fantasmal, estaba atiborrada de enormes columnas con las superficies grabadas de jeroglíficos.

En ese momento, oímos un vago rumor de voces.

—¡Los hombres de la Stark! —murmuró Maureen—. Pero… ¡no puede ser!

—¡Lo es, claro que lo es! —maldije, sacando la fotografía de la montaña de mi bolsillo—. ¡Hemos sido unos estúpidos! ¡Nos llevamos la fotografía, pero no rompimos el cristal del ojo de buey!

—Aun así… —objetó ella—, no pueden haber llegado tan rápido…

Sí, podían. Después, supe cómo. Preocupados por el *show* que habíamos montado con el cristal, los empleados de la compañía habían acudido a ver si estábamos contentos. El ruido que los matones hicieron en el armario, atrajo su atención. El tiempo que ganaron por carrera, lo perdieron buscando la colina dibujada en el cristal.

Ahora, les teníamos en los talones.

—¿Qué hacemos, Indy?

Gruñí. Estaba oyendo demasiadas veces esa misma pregunta y no siempre podría tener la respuesta adecuada. Excepto la Astra, había perdido todo mi arsenal en la trampa de arena.

—No se me ocurre otra cosa que escondernos y dejar que pasen delante. Si existe alguna trampa más, que la encuentren ellos.

Apagamos la linterna y nos ocultamos tras las columnas más alejadas.

La espera fue interminable, amenizada en cierto momento por un aullido desgarrador, coincidente con un crujido pétreo. Nos

miramos sin necesidad de decir que habíamos hecho bien en no pisar aquella losa sospechosa.

Las voces de los tres supervivientes precedieron su entrada en la sala:

—Te digo que han caído en ese abismo. Seguro —afirmaba «Gris Marengo».

—Entonces… —dudaba «Locutor»—, ¿por qué estaba abierta la puerta de este corredor?

—Da lo mismo —concluyó «Gafas»—. Si aún están vivos, lo pasarán muy mal cuando les eche la mano encima…

No se detuvieron en la sala de las columnas.

Les dimos cinco minutos de ventaja y, extremando las precauciones, pasamos de perseguidos a perseguidores.

La sala de las columnas comunicaba con otra, mucho más pequeña, antesala a su vez de la cámara funeraria. En ella, se apiñaban las estatuas de Anubis, el dios chacal, el que sopesa el corazón de los difuntos, y de Toth, su ayudante en el Tribunal de los Muertos. Horus y Osiris, una especie de Dios de la Resurrección, completaban el panorama.

—¿Preparada? —susurré a Maureen.

Me hizo señal de «okey» con los dedos.

Entré de un salto en la cámara funeraria.

Los tres estaban muy ocupados. «Gafas» tenía las manos llenas de diamantes en bruto, «Locutor» hurgaba en un sarcófago, y «Gris Marengo» se entretenía en algo tan prosaico y poco novelesco como abrocharse los cordones de un zapato.

—¡Sorpresa, sorpresa! —grité, agitando la Astra para que pudieran verla bien—. ¡Aquí caben unos cuantos muertos más, así que vosotros mismos!… Lamento ser tan vulgar, pero… ¡manos arriba!

Aquella pequeña sala parecía algo así, como el Almacén General de la Confederación Mundial de Usureros. Había oro y diamantes desparramados por doquier, lujosos mobiliarios de maderas nobles, espléndidos frescos en las paredes, conservados por la sequedad del desierto y, en el centro… el inmenso sarcófago de madera sobre el que se apoyaba «Locutor».

—¿Conoces la historia de Imosis III, James?

—No mucho, ni me interesa en este momento… —respondí.

—Si algo temía el caballero que aquí yace, era que los hicsos dieran con su tumba —explicó, sin hacerme el menor caso—. Expoliar su tumba y ser expuesto a la burla pública, era algo que no podía dejar que ocurriera, así que dispuso una trampa…

—¿Sólo una? —me burlé.

—Una fundamental sobre la que nos advirtió Stormbird. Si alguien mueve el sarcófago, la montaña entera caerá sobre el Templo…

—Y, por tanto, también sobre vosotros —deduje yo, sin estar seguro de creerle o no.

—No me importa. No tengo nada que perder. Te propongo un trato, James… ¿Te interesan todos los tesoros de esta cámara? ¡Son tuyos!

—¿Me tomas por imbécil?

—A nosotros no nos interesan el oro y los diamantes. Nos conformamos con esta vasija —y, muy lentamente, sin pedirme permiso, extrajo una vasija de oro del interior del sarcófago. Por lo que pude ver, parecía llena de un polvo grisáceo, como ceniza.

—¡No! —gritó, Maureen—. ¡No aceptes el trato!

Y la urgencia de su grito me hizo ver que allí había algo raro. Algo que sabían todos menos yo que, como el marido cornudo, iba a ser el último en enterarme.

—Seré sincero, James. Este polvo es muy valioso, pero tú no sabrías sacarle partido —prosiguió «Locutor»—. No tienes ni los medios, ni la información necesaria. Con los diamantes, en cambio…

Aquello me estaba pareciendo muy razonable.

—De acuerdo —acepté—. Pero comprenderéis que desconfíe un poco. Hay que buscar un sistema para estar seguros que no me traicionaréis…

—¡Nooooo! —aulló de nuevo Maureen—. ¡Ese polvo es un arma poderosísima! ¡No sólo momifica los muertos a la perfección, sino también a los vivos que lo tomen!

Por un momento, me patinaron las neuronas. Desde luego, eso era lo que parecía haberle ocurrido a Stormbird: irse momificando poco a poco. Recordé su piel gris y dura. Pero, aun así, la vital importancia del dichoso polvo se me escapaba…

Maureen fue la que terminó por aclarar la cuestión:

—¡Además, durante las tres o cuatro semanas que tarda el proceso, esa droga expande la conciencia! ¡Durante un mes, la persona que la toma se convierte en un genio mil veces más sabio que el propio Einstein!

Ni la misma Sarah Bernarth hubiera puesto tanto dramatismo en un monólogo. La chica nos tenía hechizados…

… y aprovechó ese momento para lanzarse contra el sarcófago.

—¡Jon me encargó que lo destruyera! —gritó.

Y los ecos de su grito se vieron disminuidos por el rugido de rabia de «Locutor» y un fragor horrísono.

Se abrió una de las paredes de la cámara y de ella surgió una enorme piedra esférica que, tras arrollar a «Gafas», se estrelló contra la única columna de la sala.

¡Cedió la columna y la montaña empezó a caer en nuestras cabezas!

Se desvanecieron preguntas, dudas y sueños de riqueza. Agarré a Maureen por el brazo y eché a correr hacia la salida. Se derrumbaba la sala de los dioses, caían columnas como árboles fulminados por un rayo y se desplomaban tabiques enteros a nuestro alrededor. Parecía que la pirámide había sido construida como suelen levantarse las montañas de botes de conserva en cualquier supermercado: quitas el de abajo y caen todos.

No sé cómo pudimos sortear la lluvia pétrea, pero lo conseguimos. Salimos al exterior.

Sólo entonces me di cuenta de que «Locutor» y «Gris Marengo» no nos habían seguido.

Entre una avalancha de bloques y polvo, la abertura de entrada desapareció.

Maureen se me abrazó, temblorosa, y me besó.

—¡Gracias, Indy, gracias!… —repetía, constantemente—. ¡Lo hemos conseguido!… ¡Gracias!…

Y yo, por toda respuesta, sólo conseguía gruñir.

No sabía exactamente lo que habíamos conseguido, ni se me ocurría ninguna razón para darle las gracias a nadie.

Sólo sabía que habíamos sepultado una fortuna, que volvía a ser pobre…

… y que todos los huesos de mi cuerpo me dolían espantosamente.

Pero nada de eso era una novedad.

Epílogo

Tres días después, me encontraba en la terraza de un bar de El Cairo, tomando un Martini con Maureen.

Me había tenido que dar muchas explicaciones durante esos tres días, pero me había convencido…

… o casi.

Stormbird había descubierto el polvo y, gracias a los jeroglíficos, también sus propiedades. Típico en él, se apresuró a ofrecer el producto a la Stark International. Pero, accidentalmente, ingirió parte de la muestra que había llevado consigo.

¿Qué futuro había entrevisto, gracias a los poderes de la droga? Nunca lo sabremos, pero para que un científico razonablemente corrupto como él, decidiese que era mejor hacerla desaparecer, debió ser bastante negro.

—Por poner sólo un ejemplo —explicó Maureen—, dijo que no necesitaba más de diez minutos para diseñar una bomba capaz de fragmentar el planeta.

—Tal vez no se dio cuenta de que, una persona con esa inteligencia, sería lo suficientemente responsable como para no hacer jamás algo parecido —respondí—. Después de todo, eso fue lo que le ocurrió a él. Potenció sus facultades y, como consecuencia, cambió su carácter.

Quizá habíamos perdido una buena oportunidad de mejorar este mundo de locos, pero ya era una discusión bizantina. El polvo ya no existía, como tampoco existían las toneladas de oro y diamantes del viejo Imosis III.

Pensé en el poco tranquilizador estado de mi cuenta bancaria: menos tres mil dólares, los que le debía a Ricky.

Y Maureen allí, leyendo tan tranquila el Egipcian Times en la

terraza del bar.

—¡Vaya! —exclamó de repente—. Mira qué noticia tan curiosa: «Una enfermera del Lincoln Memorial Hospital, sufre una crisis nerviosa al recibir un paquete que contenía doce víboras disecadas»… ¡Y el paquete procedía de Egipto!

Me miró asombrada:

—Tú estuviste en ese hospital, ¿verdad?… ¿La conocías? Aquí dice que se llama Norma Maners…

—¿Yoooo? ¿Por qué habría de conocerla? ¡En ese hospital debe haber cientos de enfermeras!

—Sí, claro… —aceptó, moviendo la cabeza—. ¿Quién le gastaría esa broma tan cruel?…

Sonreí apaciblemente.

Y pensé que toda cadena necesita de un primer eslabón. Y que, si no existe el primero, los demás tampoco… y así sucesivamente.

—Debió ser algún loco, desde luego —terminé respondiendo—. Ya sabes, el mundo está lleno de tarados…

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del TBO, se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/